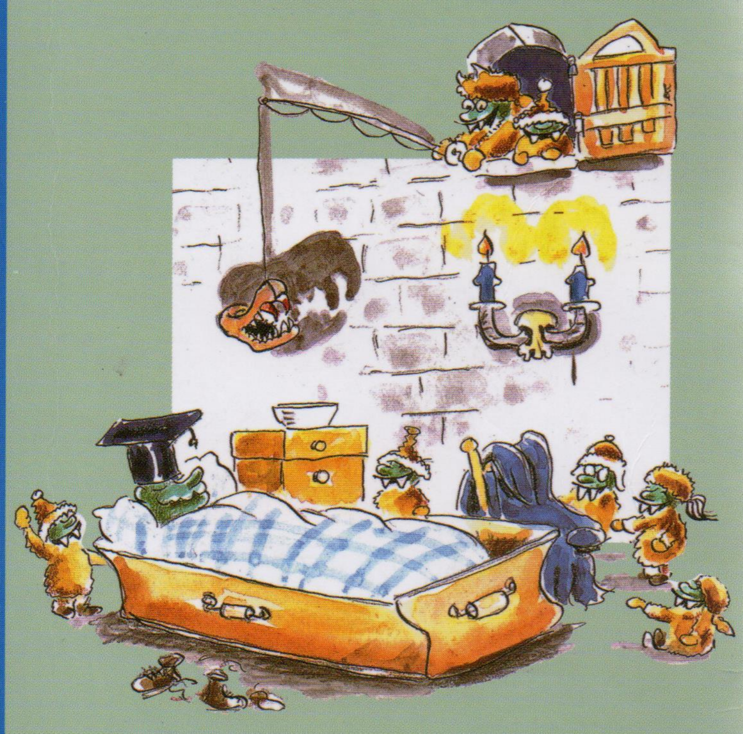
COLECCIÓN TORRE DE PAPEL
AZUL

La escuela de los vampiritos
El falso vampiro

Jackie Niebisch

Ilustraciones de Jackie Niebisch



Norma

La escuela de los vampiritos
El falso vampiro

La escuela de los vampiritos
El falso vampiro

Jackie Niebisch

Traducción de Gabriel Borrero
Ilustraciones de Jackie Niebisch


www.librerianorma.com | www.literaturainfantilnorma.com

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Panamá, Quito, San José,
San Juan, Santiago de Chile.

Título original en alemán:
Die Schule der kleinen Vampire-Der falsche Vampire
de Jackie Niebisch

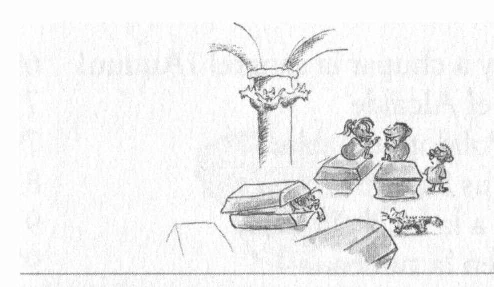
Avenida El Dorado No. 90-10, Bogotá, Colombia

Enero, 2015

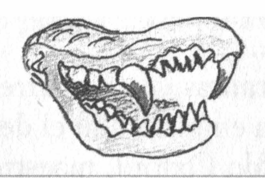
Impreso por Editorial Buena Semilla
Impreso en Colombia

Traducción: Gabriel Borrero
Ilustraciones: Jackie Niebisch
Edición: María Candelaria Posada
Diagramación y armada: Blanca Villalba P.
Elaboración de cubierta: Patricia Martínez Linares

ISBN: 978-958-04-5042-9
C.C. 26011203



Contenido



Un embrollo vampiresco

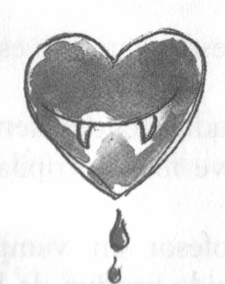
Esta historia cuenta qué clase de enredos y complicaciones pueden producirse cuando:

- un maestro vampiro está locamente enamorado,
- sus estudiantes deciden hacer el muñeco de nieve más horripilante de todos los tiempos,
- un profesor en vampirología que siempre ha sido motivo de burla busca a toda costa convertirse en el caza-vampiros más grande de la ciudad.

Es una historia que tiene lugar no hace mucho tiempo, en nuestra escuela de los vampiritos...

Y como tantas veces ocurre en la vida, esta historia empieza con el dentista.

Archibaldo Oxford, maestro del Liceo Drácula, le había pedido una cita a su dentista porque necesitaba con urgencia una caja de dientes nueva, no sólo porque la vieja se le había vuelto quebradiza, sino porque esa noche tenía la cita más emocionante de toda su existencia sepulcral: ¡un encuentro con la dama de su corazón!





¿Cómo nacen los bebés vampiro?

Por eso llegó Oxford tan contento ese día a la clase. Estaba tan de buen humor, que no le importó en absoluto el ruido que estaban haciendo sus revoltosos estudiantes.

Tanto así que esta vez, en lugar de anotarlos en el libro de conducta, se limitó a regañarlos en tono amistoso. Por ejemplo, cuando Microbio volvió a llegar tarde por enésima vez con la excusa de que se le había atascado la tapa del ataúd, o cuando Regañadientes se echó sobre Dientes de Leche con un rugido salvaje, lo levantó

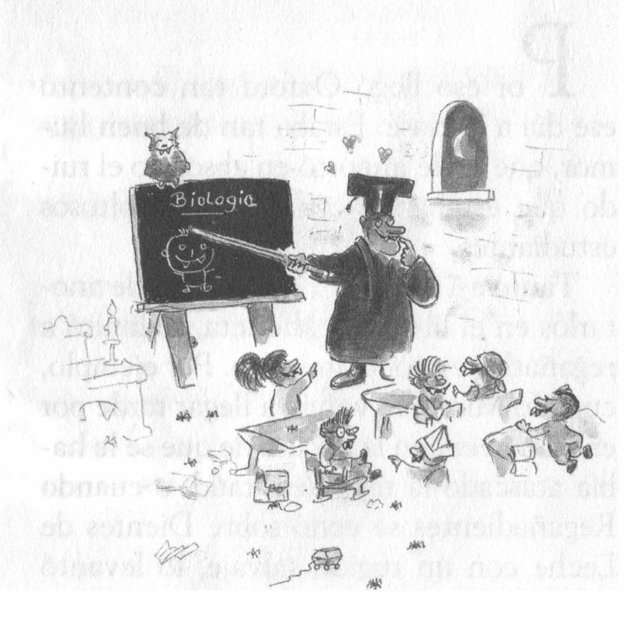
por el aire e hizo que se le torciera el marco de las gafas.

Tampoco llamaron su atención las arañas que Sepulcreta le metía siempre debajo de la mesa, ni los avioncitos de papel de Tinto, ni mucho menos las afiladas garras de murciélago que le pusieron en el asiento.

—¿Qué le pasa a Archi? —preguntó Grandulón.

—Está de buenas pulgas —contestó Microbio.

Archibaldo Oxford estaba tan de buen humor ese día que hasta cambió el tema de la clase.



De hecho, ya todos habían sacado sus cuadernos de matemáticas y estaban listos para ponerse a resolver problemas dificilísimos, como por ejemplo: "Si 30 lápidas pesan una tonelada, ¿cuánto pesa todo un cementerio?"

Pero en lugar de las áridas matemáticas, Oxford abordó en esa oportunidad un tema totaaaalmente distinto:

—Oigan, niños —preguntó pícaramente—, ¿ustedes saben de dónde vienen los bebés vampiro?

—¡Claro! —contestó de inmediato Sepulcreta—. ¡Los trae el murciélago!

Toda la clase lanzó una risita ahogada.

—Pero antes hay que hacer el pedido... —añadió Regañadientes, burlón.

—¡Sin olvidarse de escribir el nombre del remitente!

Dientes de Leche no entendía lo que decían sus compañeros:

—¿Ustedes están hablando en serio? —preguntó.

Tinto trató de ayudarle:

—Es que antes de que venga el murciélago hay que hacer algo muy especial...

—¿Qué? —preguntó Dientes de Leche.

—¡Eso lo sabe todo el mundo!

—¿Qué? —volvió a preguntar él.

—¡Darse besitos bien apretados y luego acostarse juntos en el ataúd! —le contestó Sepulcreta.

Dientes de Leche miró al techo, sorprendido, de donde colgaban un par de murciélagos:

—¿Hay que darse besos?

Toda la clase soltó la carcajada, lo cual no le hizo mucha gracia a Dientes de Leche.

Pero él quería saber por qué estaban hablando ese día de los bebés vampiro, aunque eso no parecía muy difícil de adivinar, al menos no para Sepulcreta:

—Archi está enamorado... —cuchicheó ella.

—¿Está enamorado?

Hubo un murmullo de entusiasmo en el salón.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿Quién se atreve a preguntarle?

Sepulcreta, ¡lógicamente!

—Maestro Oxford... —preguntó entonces ella—, ¿es verdad que usted está enamorado?

A manera de respuesta, Archibaldo Oxford miró ensoñadoramente hacia el techo, sonriendo con satisfacción, de un modo que dejaba entender claramente su respuesta...



Maestro vampiro, soltero...

Desde hacía varios años, Archibaldo Oxford venía publicando cada fin de semana en el periódico nocturno de Transilvania avisos matrimoniales: "Simpático vampiro busca simpática vampira" u "Ofrezco un lugarcito libre en mi ataúd", y cosas por el estilo. Pero hasta ahora no le habían funcionado.

Tal vez sus avisos no habían sido lo bastante atrevidos como para hacer salir de su tumba a una vampiresa...

Por eso Oxford había decidido seguir el consejo del director de la escuela de

los vampiritos y había escrito algo mucho más fogoso:

"Tigre selvático, fiero y apasionado, de espléndidos 150 años de edad, busca dama sanguinaria con quien chupar juntos el futuro. Contraseña: ¡Hasta el mordisco!"

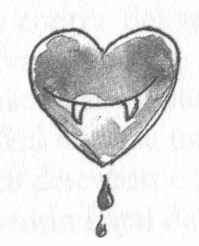
¡Y efectivamente le había funcionado! Por fin, tras años de esfuerzos vanos, Oxford obtuvo respuesta de una vampiresa deseosa de contraer nupcias, llamada Lady Victoria. La bella Victoria no se ha-

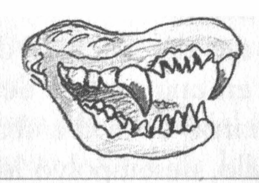


bía andado con rodeos y había aceptado de inmediato la invitación a cenar en la cripta de Oxford.

Victoria tenía 225 años de edad, sin contar los bisiestos, y entre otras aficiones le gustaban el baile flamenco, la restauración de muebles y los viajes a Inglaterra. En ese momento, precisamente, estaba feliz tomando un curso de inglés en una academia de lenguas.

Así pues, Victoria le había escrito a su aún desconocido *Dear* Archibaldo, en papel rosado y con tinta color rojo sangre, que el aviso le había parecido *very wonderful*, maravilloso y muy apasionado, y que esa misma noche iría a cenar a la luz de la vela en una *candlelight dinner* para conocer al maravilloso tigre selvático...





Un Bloody Mary

Mientras Oxford se apresuraba de muy buena gana a su cita con el dentista, sus estudiantes permanecieron en el castillo preparando el salón de los huéspedes para el encuentro nocturno. Claro está que iba en contra del reglamento escolar que los vampiritos se ocuparan de los asuntos personales de sus maestros, pero era muy difícil negarse teniendo en cuenta que todos deseaban contribuir al éxito de la vida sentimental del maestro. Aparte de eso, los "voluntarios" obtendrían un punto adicional en sus calificaciones...

algo que le interesaba particularmente a Dientes de Leche.

Por eso ese día Dientes de Leche se transformó en una especie de genio de la limpieza y barrió de arriba abajo la entrada del castillo, desempolvó los asientos y lavó toda la vajilla.

Microbio se ocupó de la iluminación: no demasiada luz sino más bien un ambiente íntimo, como el de las fiestas de enamorados.



Grandulón se encargó de sacar a orinar los lobos para que no interrumpieran los cuchicheos de los novios con sus inoportunos aullidos.

Y Sepulcreta tuvo la genial idea de preparar el famoso coctel de los novios, el Bloody Mary, que lleva el nombre de una antigua reina inglesa, María la Sanguinaria. Ella sacó la receta del *Libro de cocina para los enamorados*, que está en la lista de *bestsellers* desde hace siglos:

"1 cucharada de agua, 5 cucharadas de sangre, 50 gramos de arañas picadas, 1 cola de rata, abundante pimienta fres-



ca, un poco de sal y un chorrito de vino rojo".

¡Un trago de esto y hay que ver qué se ponen a hacer los tórtolos!



En la dentistería

Oxford, entre tanto, se encontraba sentado en la silla giratoria del dentista con la boca bien abierta, esperando que le pusieran la tan anhelada dentadura postiza. Aunque le había costado casi todos sus ahorros, no era una caja de dientes corriente sino el equivalente a tener un Ferrari en la boca, como le había explicado el doctor Pulido. Porque sin lugar a dudas, ¡era la prótesis dental más seductora de toda Transilvania!

—La técnica de esta dentadura supera el modelo anterior —explicó el doctor

Pulido haciendo escuchar el clac-clac de los dientes—. Suena bien, ¿cierto? Usted puede graduar los colmillos en dos posiciones y controlar la mordida con el eje de levas superior —mientras el dentista hablaba, Oxford no lograba salir de su asombro—. Y si tira con fuerza —continuó el dentista—, los colmillos se alargan. Créame, profesor, este es un espectáculo que a muchas mujeres les resulta irresistible.

Dichoso, Oxford no podía creer que ese fantástico modelo encontrara un hogar permanente entre sus mandíbulas.

Pero todavía quería pedirle algo más al dentista, un favor muy pequeño:



—Doctor —le dijo—, ¿usted podría pintar de rojo las puntas de los colmillos?

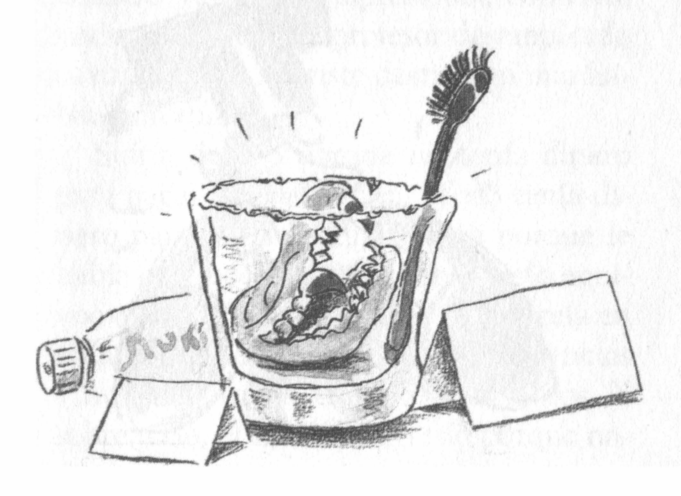
—¡Con el mayor gusto, mi querido maestro! —le contestó el dentista.

Y dicho y hecho.

Una manchita de color rojo sangre aquí, una manchita de color rojo sangre acá, y la dentadura postiza quedó perfecta. Parecía reírse sola: se veía amistosa, sanguinaria y emprendedora.

El doctor Pulido le aconsejó que la dejara secar entre un vaso cerca de la ventana bien abierta, para que recibiera el aire fresco del bosque.

El consejo le cayó de perlas a nuestro enamorado Oxford, que deseaba echarse una siesta reparadora para estar bien fresco esa noche.



Estando ya por salir del consultorio, de repente dio marcha atrás y exclamó:

—¡Ah... casi me olvido de mi vieja dentadura, doctor! ¿Me la puede empacar? Quisiera llevármela para usarla de repuesto.

—No se lo recomiendo, mi estimado maestro —le aconsejó el dentista—. ¿Acaso no sabe usted que las dentaduras viejas traen mala suerte? Por eso la gente las arroja lo más lejos que puede.

—Ah... pues siendo así —Oxford sonrió satisfecho, y tomando su caja de dientes vieja la arrojó lo más lejos posible en el valle, ¡splash!, justo en la mitad del río.





Polidori está sin trabajo

La misma noche en que nuestro maestro vampiro se apresuraba contento hacia su tumba, un profesor desempleado cavilaba sobre su triste destino en una habitación fría.

Sufría de frío porque no tenía dinero para pagar la calefacción. ¡Y no tenía dinero para pagar la calefacción porque le había correspondido vivir en el siglo equivocado! Así era... Como ya nadie creía en vampiros, nadie asistía a sus conferencias y no había quién comprara sus libros. Y sobre todo, él se moría del frío porque na-

die lo llamaba a ofrecerle el puesto de Ministro de Defensa Anti-Vampiros.

¡Y qué bien merecido tenía ese nombramiento! Él, que día y noche no hacía otra cosa que alertar a la gente de la ciudad sobre los peligros de los vampiros. Él, que buscaba incesantemente métodos de salvación para la humanidad, pero que a cambio sólo obtenía burlas. Tanto así que hasta el mismo alcalde de la ciudad, aquel arrogante ignorante y su encopetada esposa, ¡le habían dicho que estaba loco y que era un fanfarrón!

Acababa de terminar de escribir su voluminoso libro de cinco kilos, *La amenaza del sepulcro,* y se lo había ofrecido al alcalde. ¿Y qué había pasado? ¡Rechazado! ¡Ni





siquiera lo habían vuelto a dejar entrar en la alcaldía!

¡El portero lo había echado de allí!

Él, que se tenía tan bien ganado un monumento por su libro. O una calle que llevara su nombre. O al menos un callejón. Pero en lugar de eso estaba en esa fría habitación mascando hambriento los tomates que se había comprado para ejercitarse en el método reglamentario de atravesarle el corazón a un vampiro: se toma la estaca de madera, se retira un poco el tomate, y luego, plaf, plaf, se apunta a la mitad de la verdura de ensalada.

"¿Qué puedo hacer para que la gente de esta tonta e ignorante ciudad me tome



en serio?", pensaba infatigablemente Polidori, acostado en su ataúd. Y tanto pensó y caviló el profesor, y tanto caviló y pensó, que finalmente apareció una sonrisa maliciosa en su rostro como señal de que se le había ocurrido una idea muy interesante.



El muñeco de nieve

Los vampiros se divierten mucho más que los investigadores. Ellos no necesitan pensar si existen o no. Les basta tocarse los colmillos y entonces están completamente seguros: ¡existimos!

Lo saben con tanta seguridad como la fresca nieve que caía del cielo en aquel momento. Lindos y grandes copos de nieve, ideales para hacer lindos y grandes muñecos de nieve...

—¡Niños, vengan! —gritó Regañadientes—. ¡Hagamos un muñeco de nieve!

¡Qué idea tan buena!

Claro que este no sería un muñeco de nieve común y corriente. Regañadientes no quería hacer un muñeco de pacotilla y con cara bonachona. No, ellos harían un muñeco que pareciera sacado de una película de miedo. El más horripilante de todos los muñecos de nieve que hubieran existido jamás.

—Un muñeco que mate del susto a la gente. Ji, ji, ji.

—Hagámoslo en este camino —dijo Sepulcreta—. Tal vez pase alguien por aquí ahora y se muera del susto.

Así pues, los vampiritos hicieron rodar la nieve y la compactaron hasta que consiguieron hacer un monstruo de cierta altura. Luego le pusieron la nariz apropiada, ojos oscuros y siniestros y dos dientes tan afilados como cuchillos.

Y como toque final para petrificar del susto, le clavaron un par de brazos con garras mortíferas.

—¡Horrible! —alabó Sepulcreta.

—¡Como para dejar tieso del susto a cualquiera!

—Da pánico. ¡Sólo nos falta saltarle a la yugular la víctima y chuparle la sangre!

—¡De rechupete!

Entonces Regañadientes gritó, dichoso:

—¡Veamos si funciona!



Dientes de leche comprueba el efecto del muñeco de nieve

—Oye, Dientes de Leche, ¿puedes venir un momento? Queremos saber qué opinas de nuestro muñeco de nieve.

Dientes de Leche preguntó con precaución exactamente qué debía hacer él.

—Sólo cerrar los ojos y volver a abrirlos, y luego desmayarte del susto.

—Ah, bueno —Dientes de Leche cerró los ojos, caminó diez pasos hacia delante, contó hasta tres y los volvió a abrir. Pero cuando vio el horripilante muñeco de nieve frente a sus narices, no se cayó al suelo del susto.

—¿No te da miedo? —se maravillaron los demás.



—Ni pío.

—¿Ni te aterran los ojos siniestros?

Dientes de Leche negó con la cabeza:

—¿Los pedacitos de carbón? No...

—¿Ni la nariz de color rojo infierno?

—Por una zanahoria yo no me desmayo del susto.

—¿Ni las garras asesinas?

—¿Las escobas, quieren decir? No están mal. Pero le falta el verdadero toque de horror...

—Podemos hacerlo el doble de grande —intervino Microbio.

—Sí —dijo Tinto—. ¡Un horripilante muñeco de nieve gigante!

—No es eso... Es que le falta algo en la cara.

Grandulón miró a Dientes de Leche:

—¿Tal vez un par de anteojos?

—¡Qué anteojos ni qué pan caliente! Yo estoy hablando de algo típicamente vampiresco.

—¡Ya sé! —interrumpió Sepulcreta—. ¡Los dientes!

—¡Exacto! Le hacen falta unos dientes de verdad, no esos cepillos viejos.

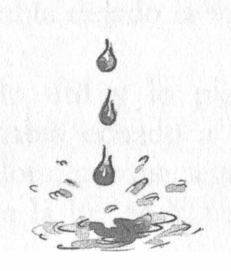
—¡Necesitamos dientes de verdad!

—Pero, ¿de dónde los sacamos? ¿Dónde encuentra uno esas cosas?

Regañadientes se puso a pensar. Y piensa que piensa, echó una mirada en dirección a una cierta ventana que estaba abierta, una ventana de donde provenía el ronquido familiar de alguien que dormía profundamente. Regañadientes sonrió monstruosamente:

—Ji, ji, ji...

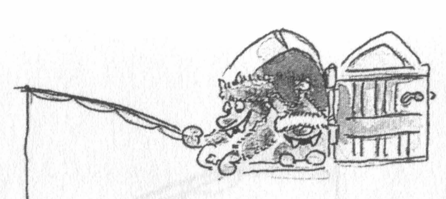
Entonces los demás vampiritos captaron exactamente qué idea estaba pasando por su mente...



Prohibido pescar

Los vampiritos se colaron a hurtadillas hasta la ventana de la tumba donde el maestro Oxford dormía una ruidosa siesta y soñaba con Vicky en ese preciso momento. Oxford había puesto a secar su caja de dientes nueva en la mesa de noche y, tal y como le había aconsejado el doctor Pulido, había dejado la ventana bien abierta.

Uniendo lo útil y lo placentero, el maestro se había echado a dormir una siesta reparadora, porque según dicen, la primera cita a la luz de la vela suele ser



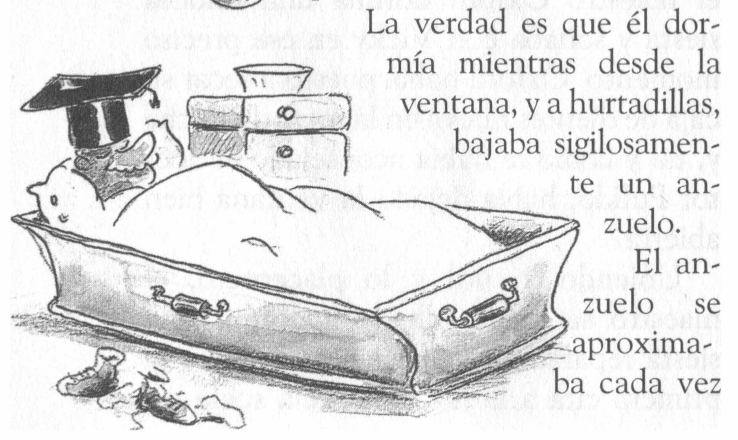
agotadora. Así se lo había explicado Federica, la tía de Grandulón, de 255 años de edad, quien había comentado cómo a las vampiresas deseosas de contraer nupcias les gusta saber todos los detalles de la vida de sus parejas.

Y como Archibaldo Oxford ya había cumplido 150 años de edad, seguramente tendría muchas cosas que contar.

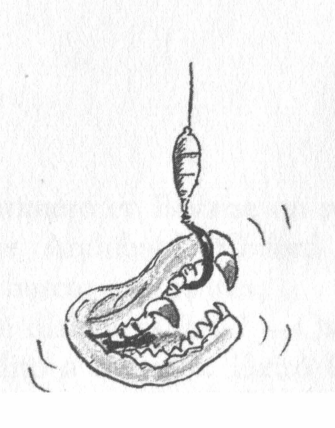
De esta manera, y siguiendo el adagio que dice "Dichosos los maestros que duermen y no ven lo que hacen sus estudiantes", Oxford roncaba a pierna suelta.

La verdad es que él dormía mientras desde la ventana, y a hurtadillas, bajaba sigilosamente un anzuelo.

El anzuelo se aproximaba cada vez



más a su objetivo. Todavía faltaba un poco, "¡Retrocedan!" "¡Cuidado con la nariz!", hasta que finalmente, *¡plin!*, seis pescadores de dientes lograron engarzar en el anzuelo una flamante dentadura postiza nueva con la que le darían el toque de horror que le hacía falta a su inofensivo muñeco de nieve.





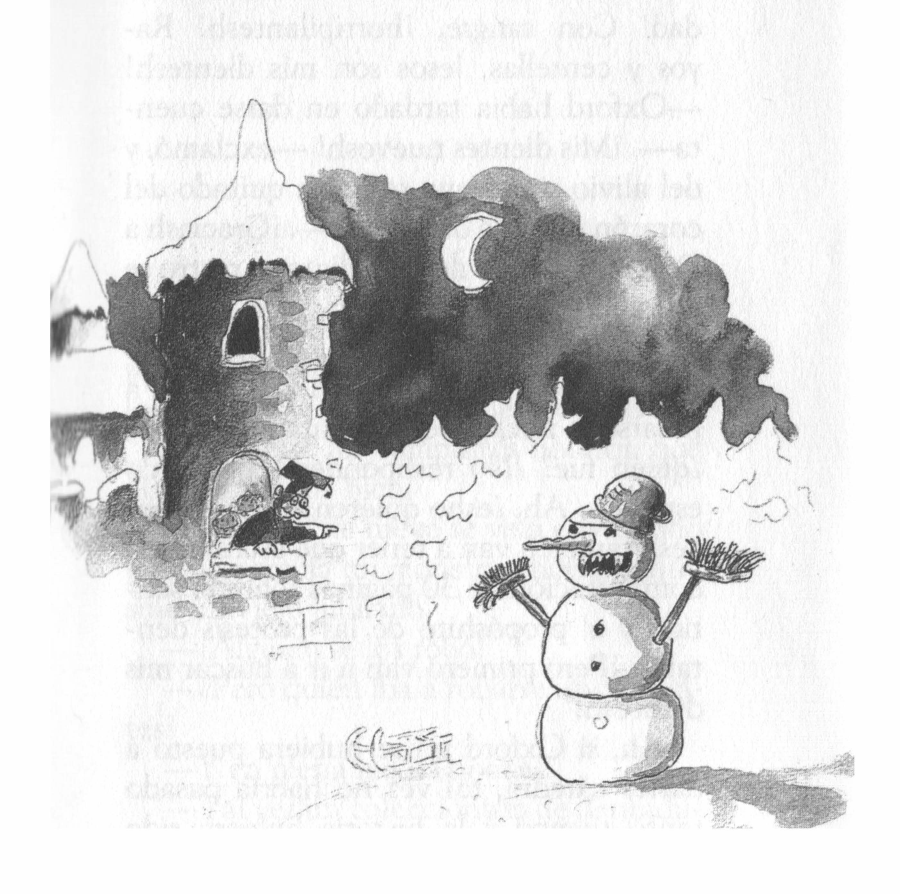
¿Dónde Eshtán mis dientesh?

El primero en llevarse un susto esa noche fue Archibaldo Oxford cuando empezó a buscar sus dientes.

—¿Qué diablos eshtá...? —Oxford no daba crédito a sus ojos. Estiró la mano una vez, dos veces. Nada. Miró dentro del vaso vacío, debajo de la mesa de noche y del ataúd. En la bacinilla, en cada esquina, detrás de todas las telarañas—. ¿Dónde eshtán mis dientesh? —gritó con la boca desencajada. Su voz sonaba rara y los labios se le movían como pantalones de bota ancha—. ¿Cómo pudieron perdershe

mis dientesh? —gritó, y después de que hubo revisado otra vez debajo de la mesa de noche y del ataúd, en la bacinilla y en cada esquina, le entró una ligera sospecha. Una sospecha que se iba acrecentando. ¡Una sospecha que tenía que ver con sus estudiantes! Llamó a todos los vampiritos y les mostró sus mandíbulas chupadas—: ¿Quién me hizo eshto? —preguntó. Silencio. Bueno, no completamente. Aquí y allá se escuchó una risita ahogada motivada por el modo en que el maestro estaba pronunciando las palabras—. ¿Quién de ustedesh fue? —repitió, y entonces se produjo un silencio aún mayor. Pero de repente— ...¡Quietosh! —se escuchó afuera un crujido, un andar pesado y unos pasos veloces. Oxford aguzó el oído. Era un crujido altamente sospechoso, que el maestro reconoció como el sonido típico de quien anda furtivamente entre las ruinas—. ¡Oiga! —gritó Oxford, levantando el dedo y asomándose por la ventana—: ¿Hay alguien allá? —no obtuvo respuesta—. ¿Hay alguien allá? —volvió a gritar. De pronto, la luz de la luna le reveló una figura desconocida—. ¡Deténgase! —le ordenó al sospechoso que no se moviera. Pero el desconocido no tenía la menor intención de irse; por el contrario, permane-

cía allí como clavado en el suelo—. ¿Qué she le perdió aquí? —la figura no contestaba, sólo miraba fieramente a torno—. Eh, ¿qué es esho? —Oxford se acababa de dar cuenta de que le había estado hablando a un muñeco de nieve y, lógicamente quiso saber de inmediato quién lo había construido.



—Nosotros —contestó la clase en coro, con Regañadientes a la cabeza.

—¿Y dónde consiguieron ustedesh el carbón?

—En el sótano —respondió Microbio.

—¿Y la zanahoria?

—En el ataúd de las verduras.

—¿Y los dientesh? ¡Pareshen de verdad! Con sangre, ¡horripilantesh! Rayos y centellas, ¡esos son mis dientesh! —Oxford había tardado en darse cuenta—. ¡Mis dientes nuevosh! —exclamó, y del alivio sintió que se había quitado del corazón una pila de estacas—. ¡Graciash a Drácula! —pero de inmediato su rostro se ensombreció y quiso saber quién le había hecho esa jugarreta—. Si el responsable no confiesha —dijo—, toda la clase va a pasarse la noche fregando ataúdesh. Ajá, ¿quién fue? ¿No reshponden? Yo puedo esperar... Ah, ¿esho quieren? Pues entoncesh también van a tener que escribir una composhición de 30 páginas sobre el sentido y el propóshito de las prótesis dentales. ¡Pero primero van a ir a buscar mis dientesh!

Ah, si Oxford no se hubiera puesto a darles cátedra, tal vez no habría pasado tanto tiempo y la historia hubiera sido completamente diferente...



¡Robados!

...porque cuando los niños llegaron junto al muñeco de nieve para recobrar los dientes, ¡estos habían desaparecido!

Ya de lejos los vampiritos notaron que algo no andaba bien.

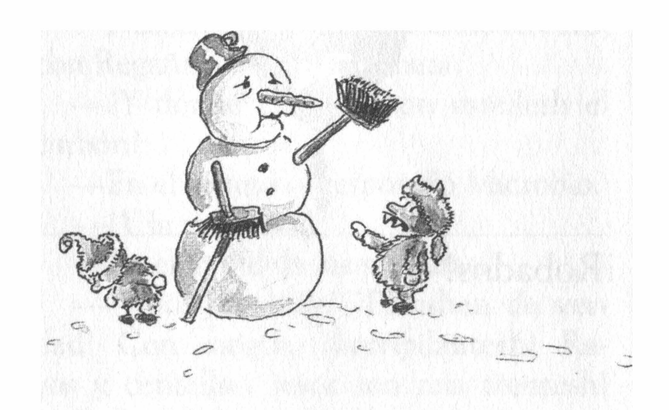
El muñeco de nieve se veía envejecido y ya no parecía un monstruo horripilante, sino un viejo jubilado.

—¡Alguien se los robó!

—¿Pero quién iba a robarse unos dientes?

—Y en plena media noche.

—Tal vez un coleccionista de dentaduras postizas —dijo Tinto.



—O un ladrón desdentado —comentó Sepulcreta.

—En todo caso es alguien que calza 44 y dejó estas pisadas con una extraña señal de una cruz —concluyó Dientes de Leche.

Oxford no lo podía creer.

—¿Desaparecidosh? ¿Mis dientesh? Esho no puede ser... primero aparecen y luego deshaparecen. ¡Me losh han robado dos vecesh!

Ah, si por lo menos tuviera sus dientes viejos...

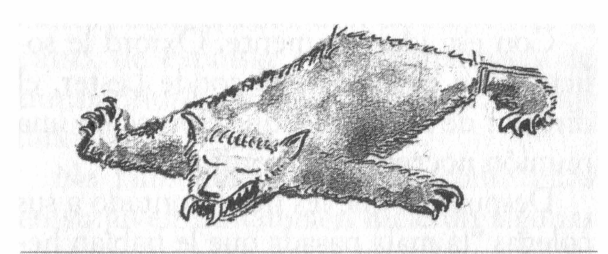
—Pero la zanahoria seguía allí... —comentó Sepulcreta.

—Y la bacinilla...

—¡Vayan de inmediato otra vez a buscarlosh hasta que losh encuentren! En la nieve, en todo el valle. ¡Y ay de que no



den con ellosh, porque entoncesh los voy a dejar encerrados con llave 30 nochesh en sus ataúdesh!



La piel del hombre lobo

Archibaldo Oxford estaba muy deprimido. Sin dientes no habría Victoria, y sin Victoria no habría bebés vampiro. Ya se veía como uno de esos viejos maestros que vagan solitarios los fines de semana por los cementerios... Pero, un momento: tal vez pudiera conseguirse prestados unos dientes, ¿por qué no?

Sería algo temporal.

Quizá Federica se los prestara. O Ernesto. Sólo por una noche.

Podía funcionar, ¿no?

Con esa idea en mente, Oxford le solicitó a su excelencia el conde Lester, el director de la escuela, que convocara una reunión nocturna extraordinaria.

Después de que les hubo contado a sus colegas "la mala pasada que le habían hecho sus estudiantes y las funestas consecuencias de la jugarreta", hubo indignación general. Los maestros amenazaron con imponer los mayores castigos y acompañaron sus palabras de los más horripi-



lantes aullidos. Hablaron de suspender el curso, de expulsar a los vampiritos y de transferirlos a un reformatorio para niños difíciles.

No faltó quien recordara cómo ellos en su juventud también hicieron algunas travesuras, como meter murciélagos secos en el maletín de un profesor o serruchar las bisagras de los ataúdes, pero una ocurrencia semejante, como el hurto de unos dientes postizos, era algo totalmente inusitado.

Cuando cesó la agitación, Oxford, impaciente, fue directamente al grano.

El maestro explicó que se encontraba en una situación muy embarazosa y dijo que debía pedir un pequeño favor a sus hermanos de sangre:

—¿Alguno de ustedesh me puede prestar sus dientesh?

—¿Prestarte los dientes?

—¿Nuestros dientes?

—Mi estimado Archi, prestar dinero y dientes sólo trae contrariedades —le dijo el conde.

—Pero es sólo por eshta noche. Y es por una razón importantíshima —explicó Oxford.

Y acto seguido, prometió solemnemente que cuando saliera el sol al otro día

devolvería los dientes bien lavados y relucientes.

—Ah... el problema es que yo los necesito hoy —se disculpó el conde—. Esta noche tengo una conferencia internacional de vampiros, tú me entiendes, ¿cierto, Archi?

Tampoco Federica podía prestárselos:

—Yo... tengo esta noche la coronación de Miss Cementerio.

—¿Y Ernesto?

—Ah... yo... voy a acompañar a Federica.

El único que se ofreció a ayudarle al desdentado maestro a salir del aprieto fue Néstor, el guardián de los ataúdes. Néstor era un vampiro muy servicial pero sus dientes eran tan torcidos que el mismo Oxford tuvo que rechazar su oferta de ayuda.

Por suerte, el conde Lester tuvo una ocurrencia salvadora. Señalando el suelo, le preguntó a Oxford si deseaba vestirse para su cita con la piel del hombre lobo. La piel estaba completa —dientes, patas, garras y todo estaba allí—, y seguramente le sentaría de maravilla.

—¿La piel del hombre lobo? —Oxford miró escéptico la piel que estaba extendi-

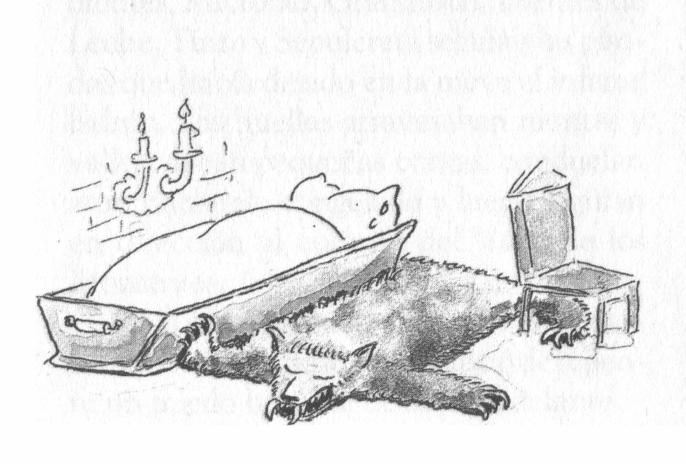
da en el suelo—. ¿Usted cree que yo me debería vestir con ese pie de ataúd...?

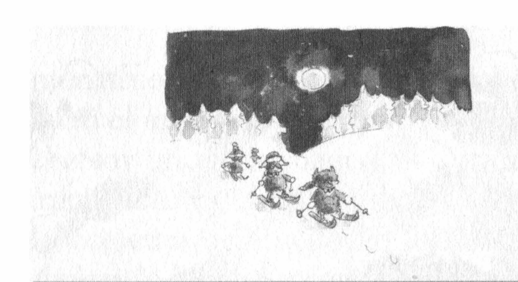
—Mira, mi querido Archibaldo —contestó el conde—, esta famosa piel no sólo ha sido motivo de gloria para muchos vampiros, sino que también ha hecho galopar frenéticamente el corazón de más de una novia en Transilvania.

Federica también estuvo de acuerdo en que Archibaldo se vería muy sexy con esa piel.

—¿Sexhy?

Y así fue como, tomando aire profundamente, Oxford empacó la piel y salió del sepulcro de los maestros para ir a vestirse.





El valle de los monstruos

En el bosque, entre tanto, Regañadientes, Microbio, Grandulón, Dientes de Leche, Tinto y Sepulcreta seguían las pisadas que había dejado en la nieve el infame ladrón. Las huellas atravesaban montes y valles, daban pequeñas curvas, conducían a un riachuelo congelado y luego seguían en dirección al corazón del Valle de los Monstruos.

Microbio, que todo el tiempo iba arrastrando su ataúd de juguete, sintió de repente un miedo horrible de seguir adelante:



—¡Tengo mucho miedo! —comenzó a chillar.

—¿Miedo de qué? —preguntó Sepulcreta.

—¡De las bestias y los monstruos!

—Esa no es razón para llorar, tonto. ¿Acaso se te olvidó que los monstruos somos *nosotros?* —y entonces Sepulcreta se puso a mostrar los dientes furiosamente—: ¡Grrrr!

También Regañadientes hizo rechinar enérgicamente su instrumental dental:

—¡Ñan, ñan! ¡Grrr, grrr!

—¡Es cierto! —cayó en cuenta Microbio, de repente—. ¡Yo también soy un

monstruo! —y de inmediato el valle le pareció el mejor sitio del mundo—. ¡Hurra! ¡Yo soy un monstruoooo! —, gritaba, sin importarle ya que los árboles carnívoros lo cogieran del cuello, lo levantaran del suelo y lo bambolearan furiosamente. Por

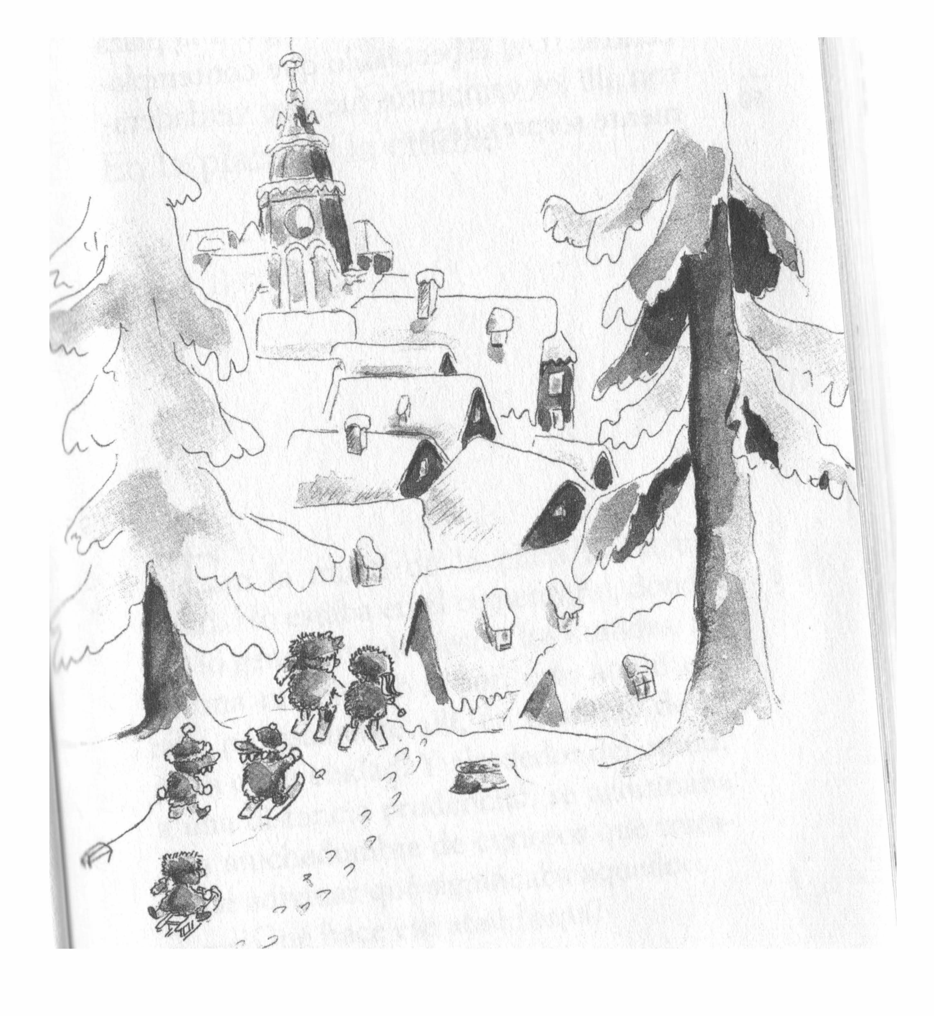


el contrario, gritaba más fuerte—: ¡Cheverísimo! Sigan, ¡yuju! —y cuando los abetos fantasmagóricos comenzaron a gemir moviendo con violencia sus ramas, él les gritó—: ¡Cierren el pico, tontarrones! —y cuando un árbol crujió mucho más fuerte, él exclamó—: ¡Yo también puedo hacer eso! —e hizo tantos bu-bu que hasta los zorros corrieron a esconderse en sus guaridas.

A Microbio le hubiera encantado volver a pasar por ese fantástico bosque y ponerse a asustar a todos los árboles, pero el deber lo llamaba y le decía: "Hay que seguir las misteriosas pisadas..."

Después de abandonar el Valle de los Monstruos, las pisadas los condujeron a través de valles inofensivos y por un campo extenso, hasta que finalmente llegaron a un sitio lleno de casas en pleno centro de la ciudad.

Siguiendo las pisadas en la nieve, los vampiritos atravesaron calles y callejones que los llevaron a una casa con una torre extraña. Pero allí no se detenían las pisadas, sino que se convertían en una huella doble, como si hubieran comenzado a arrastrar algo. ¿Qué podía significar aquello?



La huella doble atravesaba la parte vieja de la ciudad, pasando por la droguería, el café Milenio, la comisaría, la iglesia y la casa del alcalde, hasta llegar a la plaza central. Y el espectáculo que contemplaron allí los vampiritos fue algo verdaderamente sorprendente.



En la plaza de la ciudad

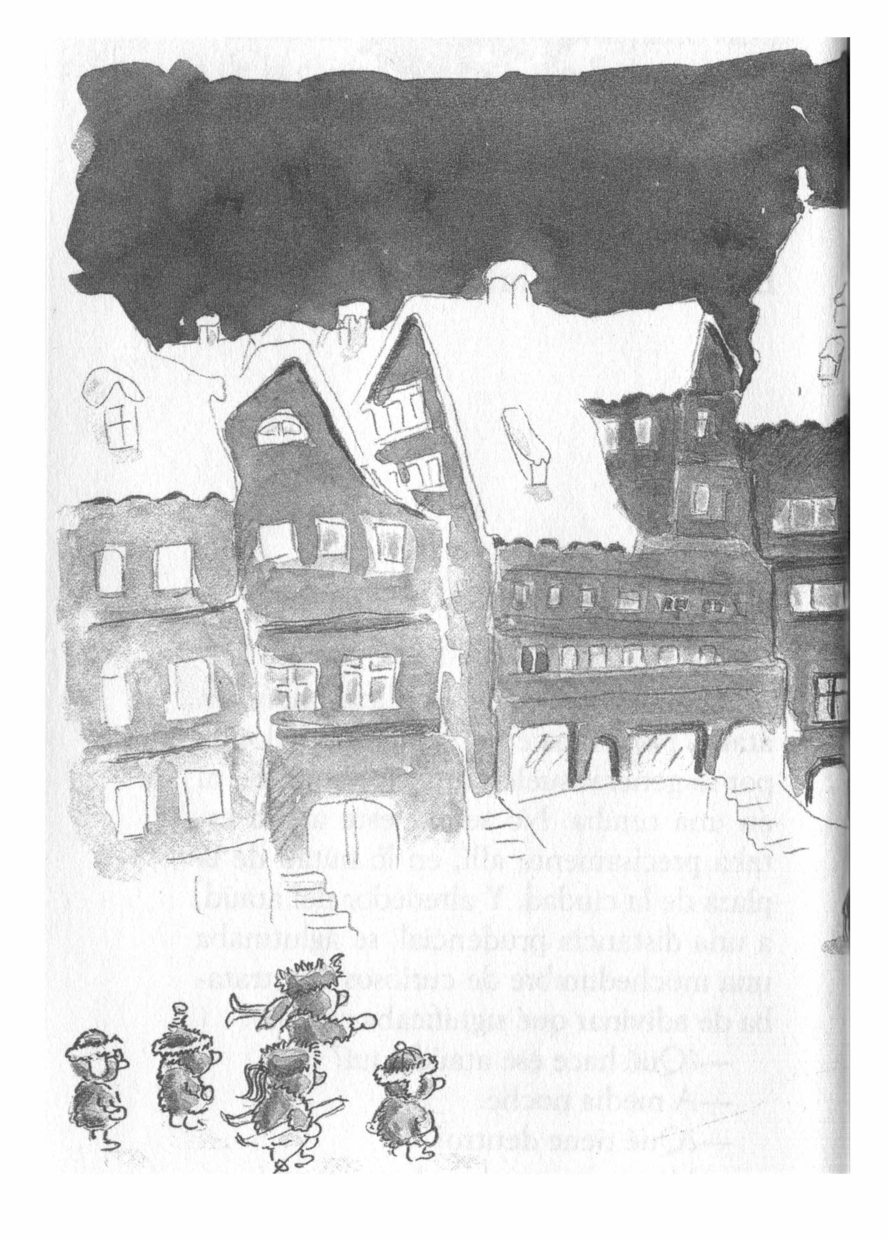
En la mitad de la plaza había un ataúd. No estaba en el cementerio, donde por lo general suelen estar los ataúdes, ni en una tumba. No señor, este ataúd estaba precisamente allí, en la mitad de la plaza de la ciudad. Y alrededor del ataúd, a una distancia prudencial, se aglutinaba una muchedumbre de curiosos que trataba de adivinar qué significaba aquello.

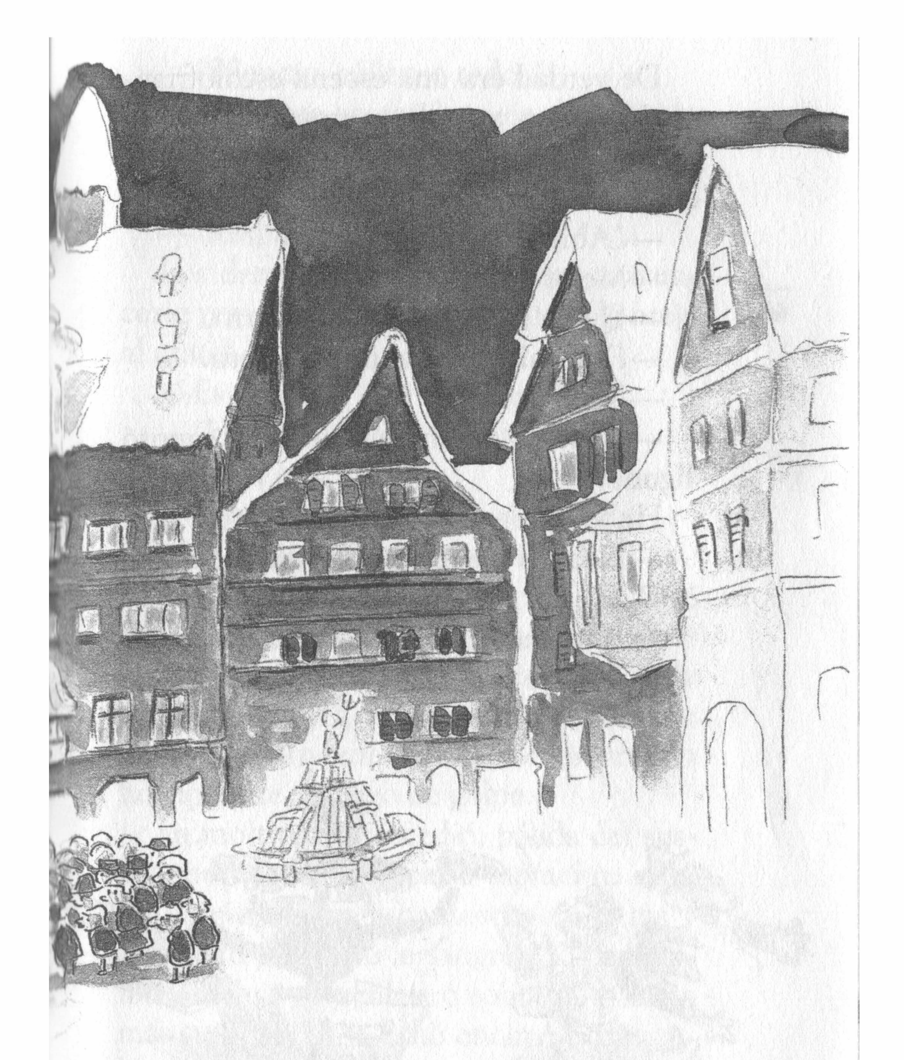
—¿Qué hace ese ataúd aquí?

—A media noche.

—¿Qué tiene dentro?

—Miren, ¡tiene clavada una nota!





"Aquí reposa la calamidad que Polidori ha anunciado y que va a acabar con esta ciudad. Aquel de ustedes que se atreva a abrir el ataúd, ¡será la primera víctima!"

De verdad era una escena escalofriante. Hubo un agitado murmullo entre la multitud y luego alguien hizo la pregunta crucial:

—¿Abrimos el ataúd, o no?

—Mejor no.

—Quién sabe qué tiene adentro.

—¿Y si salta afuera un esqueleto?

—¡Qué horror!

—¿Huele a descompuesto? —preguntó alguno.

Hubo un par de olisqueos cerca.

—Debería sentirse un olor dulzón, ¿no?

—A mí me parece que huele a madera.

—¿Se oye respirar?



—¡Silencio, cállense todos!

Un valiente acercó la oreja a la tapa.

¡Oh sorpresa y horror al mismo tiempo!

—¡Respira, muy suavemente!

Los demás curiosos quisieron convencerse por sí mismos y aproximaron la oreja al ataúd.

—Es verdad.

—¡Hay un ser vivo adentro!

—Pero, ¿qué?

Golpearon suavemente en la tapa:

—¿Hay alguien adentro...?

—¿...Todavía está vivo?

Y de repente, como si hubieran disturbado el descanso de una bestia feroz, la tapa comenzó a levantarse. Se alzó. Se abrió. Primero lentamente, con un crujido horripilante, y luego de golpe.

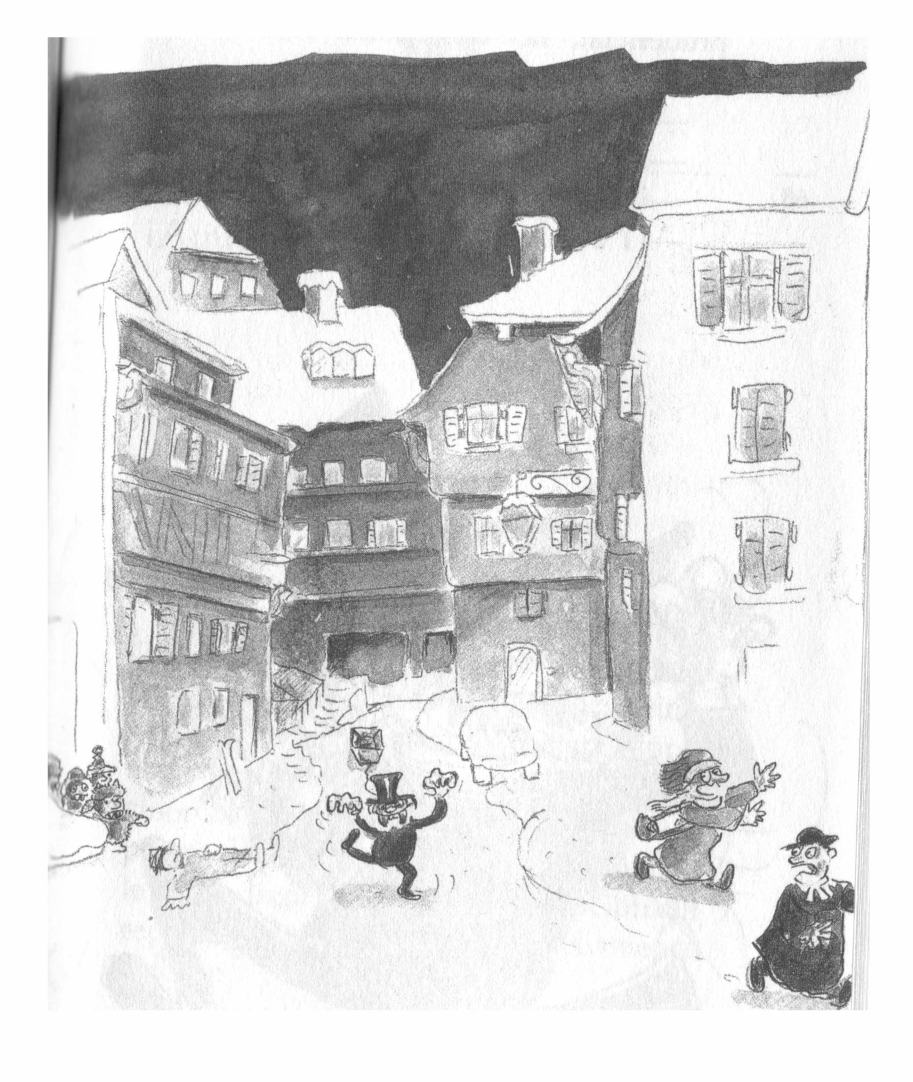
La multitud retrocedió, pálida del susto, porque en ese preciso momento saltó del ataúd un ser espantoso con garras y dientes rojos como la sangre. Con un aullido salvaje se abalanzó sobre la víctima más cercana, se le echó encima estrangulándola y empezó a gritar como un loco:

—¡Les voy a chupar la sangre! ¡A todos ustedes les voy a chupar la sangre! ¡Y voy a empezar con las mujeres y los niños! ¡Ja, ja, ja!

—¡Es un fantasma! —murmuró la horrorizada muchedumbre.

—¡Pamplinas, cabezas de chorlitos! Yo no soy un fantasma sino la venganza de Drácula. ¡Auuuuuuu! Soy el príncipe de las tinieblas, el rey de los vampiros —y diciendo esto y corriendo con la boca abierta, lista para comérselos a todos, la bestia persiguió a los rezagados que huían desesperadamente, lanzando un montón de aullidos—: ¡Los voy a atrapar! ¡Quiero su sangre! Quietos, ¡los voy a atrapar! —y después de que todos se dieron a la fuga y las calles quedaron desiertas, comenzó a golpearse orgullosamente el pecho y a reírse, y luego se encaramó triunfante en el balcón de la alcaldía—: ¡Esta noche todos me van a conocer! ¡Todos deben saber que existo! ¡Auuuuuuu!





Los vampiritos, que habían seguido al monstruo enloquecido a una distancia prudencial, no conseguían salir de su asombro.

—¡Esto es increíble!

—¡Es el profesor Polidori!

—¡Haciendo de vampiro!

—¡Y con los dientes de Archi!

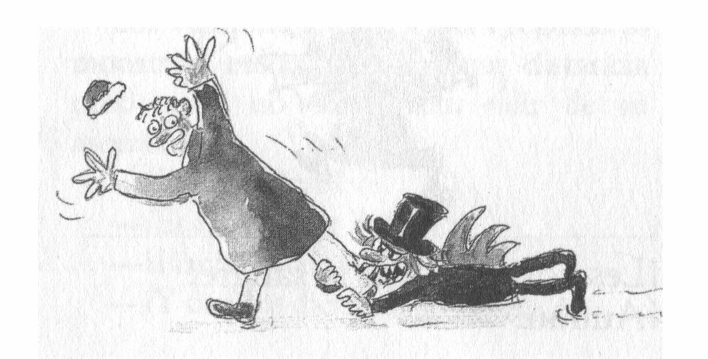




¡Les voy a chupar la sangre!
¡Auuuu!

No contento con lo que había hecho, el vampiro Polidori armó un tremendo barullo. Y a diferencia de los vampiros verdaderos, que trabajan en la clandestinidad y más mudos que una tumba, Polidori alborotó y gritó a más no poder. Llamó a la puerta de todas las casas y cuando alguien le abría, disgustado por la interrupción del reposo nocturno, él sonreía ampliamente y decía:

—Con su permiso, ¡yo soy el vampiro! —y saltaba sobre la víctima indefensa y



la mordía y la arañaba como si fuera un hombre lobo salvaje—. ¡Auuuuu!

Así fue como tiró de la moña de la bonachona abuelita Candela, y a su perro le propinó un infame puntapié.

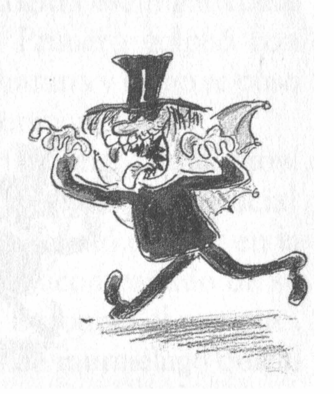
A la esposa del concejal Aparicio le lanzó una calavera dentro de la habitación.





Al cura Rojas le rasgó la sotana: ¡ris, ras! Y a Julio, el de la farmacia, lo mordió en la pierna izquierda.

Entre tanto, nuestros pequeños perseguidores le seguían los talones al descontrolado profesor, a una distancia prudencial. Tal vez se les presentaría la oportunidad de recuperar la dentadura que se había robado.



—Es mejor esperar a que amanezca.

—Sí, antes de que salga el sol.

—Cuando Polidori esté bien cansado.

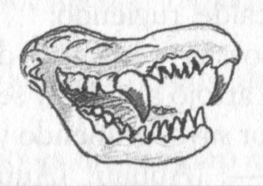
—Y esté roncando a pierna suelta.

—Entonces nosotros volvemos a pescar los dientes.

—Y le damos un susto que nunca en la vida se le va a olvidar.

Pero hasta entonces no podían hacer más que observar con los brazos cruzados la horrible escena.





Donde el Alcalde

El horrendo rastro en la nieve encontró frente a la casa del alcalde de la ciudad su objetivo final. Parecía que el vampiro hubiera escogido ese lugar como escenario principal. Primero golpeó con ambos puños en la ventana y luego se puso a tocar a la puerta como un loco:

—Ding, dong, ding, dong. ¡Aquí estoy! ¡Abran la puerta! ¡Los visita la desgracia!

Poco después se encendió una luz en la casa y el alcalde salió acompañado de su somnolienta esposa. Entonces el vampiro, extendiendo las alas de murciélago que él

mismo se había pegado, se lanzó sobre el perplejo alcalde, rugiendo:

—¡Yo soy la venganza de Drácula! —dijo, y lo arrojó al suelo y se puso a bailar alrededor suyo, gruñendo y mostrando los dientes—: ¡Auuuu! ¡Auuuu! Yo soy Drácula, ¿quién eres tú?

Aterrorizada, la alcaldesa comenzó a chillar:

—¡Auxilio! ¡Los vampiros nos atacan! —gritaba, y se cubría el rostro con ambas



manos—. ¡El profesor Polidori tenía razón! ¡Cariño, llámalo rápido! —le decía a su esposo.

Pero el alcalde no estaba del todo convencido:

—Este no es un vampiro sino un loco que se voló del manicomio.

—¿Es que no le ves las garras?

—Cualquiera se puede pegar una tontería así.

—¿Y qué me dices de los dientes ensangrentados?

—Seguro que los compró en un almacén de disfraces.

La autodenominada "venganza de Drácula" se volvió una fiera apenas oyó eso:

—¿Qué no son de verdad? —siseó, furioso, dirigiéndose al alcalde—. ¡Ya ve-



rán! —y acto seguido se abalanzó sobre la alcaldesa y le clavó ambos colmillos en el cuello—. ¡Grrrrrr!

Como si eso no hubiera sido bastante espeluznante, el vampiro se inclinó sobre la pobre víctima, que estaba paralizada del susto, y comenzó a beber a sorbos la sangre de la herida abierta. Mientras chupaba, tenía el descaro de relamerse de gusto:

—Mmmm... ¡exquisito! —decía—. ¡Es sangre de excelente calidad, fresca y con alto contenido de hierro! Mejor que la vitamina del jugo de naranja. Glu, glu, ¡y tiene un montón de glóbulos rojos!

Blanco como un papel, el alcalde tuvo que aceptar que allí estaban en juego fuerzas mucho más poderosas de las que él originalmente había sospechado.

Balbuceó algo sobre la policía y una ambulancia, pero la víctima no quería saber nada de eso. Con voz cada vez más desfallecida, gimió:

—¡Llama a Polidori! Al profesor Polidori. Llámalo. Sólo él nos puede salvar, sólo él...

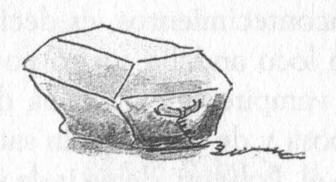
Y entonces cayó, *¡plop!*, desmayada.

Apenas oyó pronunciar ese nombre nuestro rabioso vampiro, que sonó como una melodía en sus oídos, se le iluminaron de alegría los ojos. Y cuando vio que el

alcalde se precipitaba al teléfono a llamar al famoso profesor, se alejó corriendo lejos de su víctima.

—¡Ja, ja! —se reía, mientras agarraba su ataúd y, desgreñado como estaba, corría a donde lo necesitaban en ese momento con tanta urgencia: a su casa, a su escritorio, donde ya comenzaba a timbrar su adorado teléfono.





¿Aló? Polidori al habla...

Después de meter su ataúd en la casa, Polidori subió corriendo las escaleras en dirección al estudio, saltó sobre su escritorio, se lanzó sobre su sillón, tomó aire profundamente, levantó el auricular y contestó de esta manera:

—¿Sí? Habla el conde... eh, no, el profesor Draculori, qué digo, Polidracu, quiero decir, Polidori naturalmente. ¿Quién habla? Oh, el señor alcalde. ¡Qué honor! Dígame, ¿qué puedo hacer por usted a tan altas horas de la noche?

Muy agitado, el alcalde le relató los horribles acontecimientos, es decir, que un vampiro loco andaba suelto por ahí, ¡un terrible vampiro que acababa de morder a su esposa y de chuparle la sangre! Y le dijo que él, Polidori, debía ir de inmediato a salvarles la vida a todos.

Polidori se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Dubi-dubi, dubi-di, ¿un vampiro anda suelto por ahí? Tra-la-la-la, la-la-la, ¿qué anda haciendo por allá? Pero, mi querido alcalde, si de acuerdo con usted, los vampiros no existen. ¿Cómo dice? ¿Qué por qué estoy tan contento? Sí, hoy estoy de muy buen humor, a veces ocurre.





El alcalde le solicitó que se dejara de bromas, dada la seriedad de la situación. Esta era tan crítica que sus chistes resultaban inoportunos.



Tyrannus Sangrus Ex

—Está bien —prometió el profesor—, pongámonos serios. Humm, humm... Permítame ahora hacerle un par de preguntas de rigor: ¿En dónde mordió el vampiro a su pobre esposa? ¿En una nalga? ¿O en el lóbulo de la oreja?

—En el cuello, ¡el muy canalla! En plena vena yugular...

—¡Oh la la, así que la mordió en el cuello! Una conducta normal, permítame decirle. ¿Y ese infame vampiro le dejó unos agujeritos de, digamos, dos centímetros?

—¡Exacto! ¿Y usted cómo lo sabe?

—Ah, la profesión es la profesión, sin lugar a dudas. ¿Y el vampiro le chupó la sangre poco a poco, glu, glu, glu, o ávidamente, de un solo sorbo?

—Eso último que usted dijo, exactamente.

—Y los dientes del vampiro, señor alcalde, ¿eran cortos o más bien largos?

—¡Gigantes! Ensangrentados, brillaban pérfidamente.

—Ajá, entonces este espécimen se comporta inequívocamente como un... un momento... —Polidori pasó rápidamente las páginas de su voluminoso libro—: como un *Tyrannus sangrus ex*.

Al alcalde le dio un ataque de pánico:

—¿Un *Tyrannus sangrus ex*?

—¡Exactamente! Esta especie proviene del sur de los Cárpatos. Le teme a la luz del día, es extremadamente venenosa y una vez que ha mordido, ¡repite su hazaña como un caballero! —apenas escuchó eso, el alcalde cayó presa de la desesperación. Lo primero que quiso saber era cómo podía ayudarle a su pobre esposa.

—Por lo general —le dijo Polidori—, con un pinchazo en el corazón. ¡Tac! Con eso al menos su alma puede reposar tranquila.



—¿Y no hay otro sistema...? —preguntó dudoso el alcalde.

—Bueno... claro que hay otro método para salvar a su esposa. Un método que yo mismo, el profesor Paulus Polidori, he investigado y descrito. Aparece publicado en mi libro en la página ocho mil doscientos cuarenta y nueve, en el capítulo titulado "Cómo salvar alcaldesas mordidas por vampiros".

—Pero yo no tengo su libro... —se disculpó el alcalde.

—¡Qué lástima! Yo mismo se lo ofrecí a usted la semana pasada. Es un bello ejemplar, encuadernado y autografiado. Pero lamentablemente usted...

—¡Lo rechacé! —gimió el alcalde sintiéndose devastado, y le pidió mil disculpas a Polidori y le prometió que pediría de inmediato esa obra de tan inmenso valor.

—Eso me honra —dijo nuestro Polidori inflando el pecho con orgullo—. Sin

embargo, en este momento quisiera señalar, además, que usted nunca se ha presentado a escuchar mis espléndidas conferencias...

—¡También eso se corregirá de inmediato! —exclamó el alcalde—. Convocaré al concejo y emitiremos una ley por medio de la cual todos los ciudadanos de la ciudad estarán obligados, desde este mismo momento, a asistir a sus maravillosas conferencias.

—¿Y qué pasa con el cargo de Ministro de Defensa Anti-Vampiros que usted nunca ha querido considerar?

—¡No faltaba más, profesor! ¡Mañana mismo haré que lo metan en la nómina pública!

Polidori no podía creer en su suerte:



—¿Y seré yo el verdadero y único Ministro de Defensa Anti-Vampiros?

—Sí, y tendrá una oficina, secretaria, automóvil oficial y contrato a término indefinido.

—¿Y qué me dice de asignarme un cuerpo personal de policía anti-vampiros? —preguntó Polidori.

El alcalde aceptó también esta petición:

—Muy bien, tendrá también un cuerpo personal de policía anti-vampiros.

¡Eso era lo último!

¡Santo Murciélago!

Hasta los vampiritos, que tiritaban del frío escondidos detrás de la ventana, se pusieron a aullar:

—¡Le van a dar una guardia personal anti-vampiros!

—¡Con pistolas de ajo!

—¡Y estacas de madera puntiagudas!

—¡Eso es el colmo!

—¿Se imaginan a la policía persiguiéndonos como avispas?



—¡Fisgoneándonos a toda hora!

—¡Queriendo atravesarnos con sus estacas!

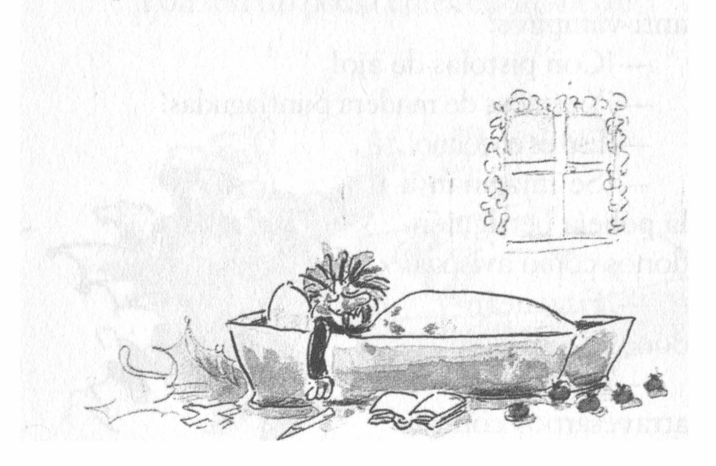
—¿Y si nos atacan de día, cuando estemos durmiendo?

A Grandulón la idea le puso la carne de gallina:

—Pero Néstor vigila, ¿no es cierto?

—¡Pero habría batallas campales con la policía!

Polidori le leyó al alcalde todos los métodos de salvación para su esposa incluidos en su libro, más concretamente en la página ocho mil doscientos cuarenta y nueve, en donde decía que las alcaldesas víctimas de mordeduras de vampiros necesitaban guardar cuando menos tres días de cama, con un crucifijo sobre la cabecera. En esos días no debían ingerir alimentos sólidos, pero sí debían tomar diariamente una bo-



tella de jugo de remolacha. Además, su cama debía orientarse de manera tal que el lado derecho coincidiera exactamente con la primera lápida del cementerio de la ciudad.

Después de que le hubo leído y explicado con pelos y señales todos estos detalles al alcalde, Polidori se metió en su ataúd, feliz pero agotado. Había conseguido todo lo que quería y estaba tan contento que tardó bastante en quedarse dormido.

Sólo al despuntar la mañana, cuando ya algunos rayos de sol brillaban tras las colinas, comenzaron a oírse sus primeros ronquidos.

Los vampiritos, que hasta entonces habían perseverado heroicamente junto a la ventana, tuvieron que marcharse muy disgustados. Ya era demasiado tarde para ellos, y sin anteojos de sol era peligroso dar inicio a la operación "rescate de dientes".

Rechinando los dientes se dispusieron a regresar al castillo, obviamente con la intención de volver esa misma noche a recobrar lo que les pertenecía.

Regañadientes arrojó una bola de nieve a la ventana de Polidori.

—¡Es un mentiroso! —gritó.

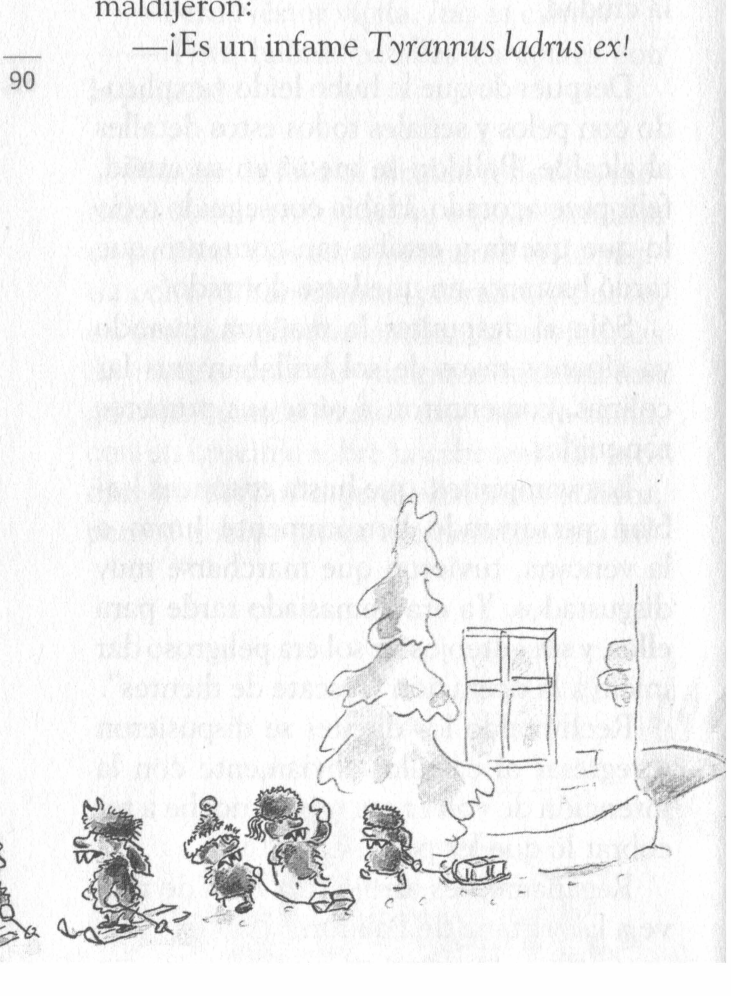
—¡Un impostor!

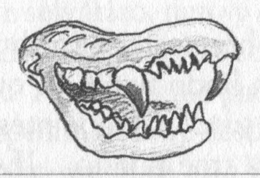
—¡El muy bandido!

—¡Ya volveremos, Polidori! —amenazó Sepulcreta.

Y todos los demás vampiros también lo maldijeron:

—¡Es un infame *Tyrannus ladrus ex*!





Dinner a la luz de la vela

Entre tanto, Archibaldo Oxford le había hecho frente a su desdentada situación de la mejor manera posible y, siguiendo el consejo del conde, se había puesto la piel del hombre lobo con todo y dientes. Claro que estaba hecha flecos y olía a guardado, pero él se veía muy selvático y varonil...

Con el corazón galopante, Oxford esperaba a su añorada en la tumba de los profesores.

Por eso, cuando finalmente llegó Victoria y lo cautivó su belleza, sus ojos resplan-

decieron de alegría y la colmó de cumplidos:

—¡Qué hermosha es ushted! ¡Y qué peinado tan lindo tiene! ¡Y qué bellísimo cuello es el suyo!... Y qué preshioso veshtido de seda trae puesto... ¡Esh encantadora!

Victoria estaba algo sorprendida y el traje de Oxford le parecía tan extraño, que optó por hablar en un tono muy cortés:

—My *dear* Archibaldo, debo confesarle que usted me parece *very strange! Really surprising!* ¡Muy raro! Yo pensaba que usted era un tigre selvático, *you know*. Un *tiger*, tal como dice en el aviso —ella sacó el periódico de su bolso y se lo puso frente a la nariz a Oxford—. Aquí dice muy cla-



ramente, en blanco y negro, *in black and white:* "Tigre selvático, fiero y apasionado, de espléndidos 150 años de edad, busca... bla bla bla..." Pero a mí me parece que usted es un espécimen muy desdentado.

—¡Por esho me puse esta bella piel de hombre lobo!

—*My devilness,* santo Demonio, ¡una piel de hombre lobo!

—¡Una piel muy famosha!

—¿Pero y sus dientes, *my dear? Your teeth?* ¿Dónde los tiene?

Oxford intentó explicarle su mala suerte. Le habló del hurto y de sus consecuencias, y Victoria, que lo escuchaba asombrada, opinó que se trataba de una historia *very very sad,* una historia muy muy triste.

—¡Qué niños tan pícaros! Ser profesor parece un trabajo *very heavy, isn't it?* ¿Es un trabajo muy duro?

—Oh, *yesh!* —suspiró Archibaldo—. *That ish right! But sometimesh they are very friendly to me!* La verdad esh que a veces son muy gentilesh conmigo.

De hecho, sus alumnos le habían preparado para esa ocasión un coctel especial, una poción mágica llamada Bloody Mary. Y efectivamente, después de que él y Victoria se tomaron una copa, y luego otra, y luego otra muy pequeña, la atmósfera en

el sepulcro se llenó de muerte. Sus pálidas mejillas se tornaron verdes y Archibaldo y Victoria comenzaron a contarse sus respectivas vidas: niñez, primer amor, primer mordisco. De esa manera el tiempo se les pasó volando sin que se dieran cuenta.

Hablaron de temas románticos, como los cementerios más modernos, del amor, de los hijos y del matrimonio, y también de cosas totalmente prácticas, como los ingresos y los bienes sepulcrales inmobiliarios.

Finalmente Oxford la invitó a conocer su colección de lápidas un nivel más abajo en la tumba.

Iban apenas en la tercera lápida, cuando el espíritu educador de Oxford salió a relucir. Excusándose con Victoria y diciéndole "Todavía no la he beshado, Victoria, y esho es un terrible error que voy a remediar ahora mishmo", se precipitó sobre el cuello de la bella vampira.

Pero ella, que por lo general apreciaba tales manifestaciones de pasión, no se mostró muy entusiasta:

—*Stop it*, Archie, *stop it!* ¡Para!

Oxford se sintió muy decepcionado:

—¡Yo penshé que usted me amaba! —exclamó.



—*I am sorry, Archie* —dijo Vicky tratando de reconfortarlo—: Espero que no me mal interprete; usted me parece muy simpático y me gustaría tener bebés vampiro con usted muy pronto. *Really!* Pero me disculpa si le digo esto tan directamente... ¡es que sus besos son demasiado cavernosos!

—¿Demashiado cavernososh?

—¡Sí! ¡Siento como si estuviera besando una cueva! *I like you*, Archie, pero sin dientes, ¡no hay boda!

—*Sho I can have little hope?* ¿Pero puedo tener esperanzash?

Oxford prometió comenzar a ahorrar de inmediato para comprarse una nueva dentadura postiza. Y en caso de ser necesario, dijo, volvería a dar lecciones particulares.

Con esa promesa terminó aquella noche romántica. Cuando los primeros rayos de sol comenzaron a prepararse para posarse sobre la delicada tez de Victoria, la vampira abrió sus alas de murciélago y voló a resguardarse en la seguridad de su tumba.





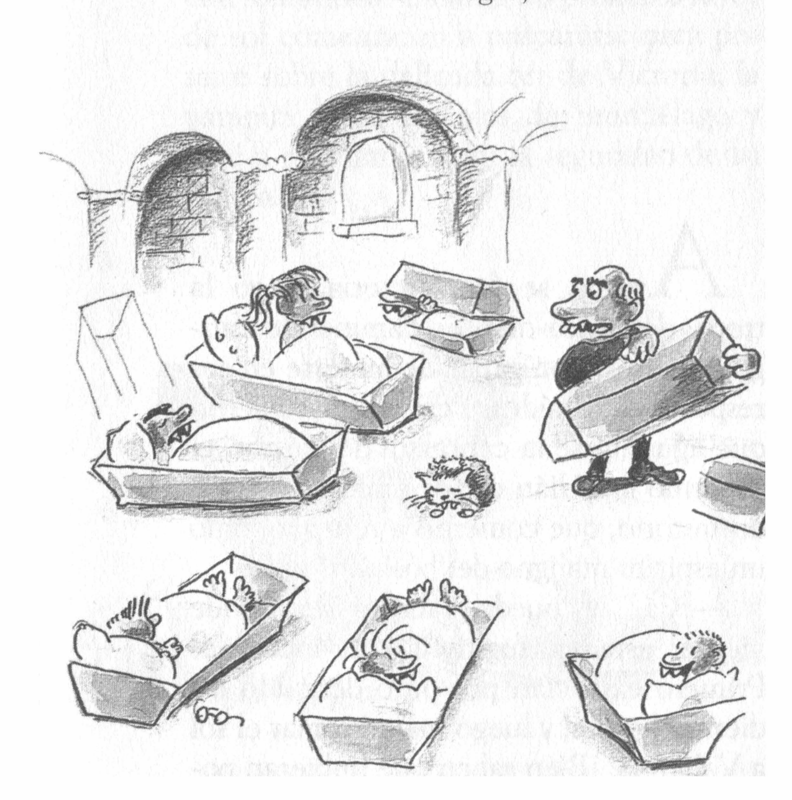
Planes en la tumba

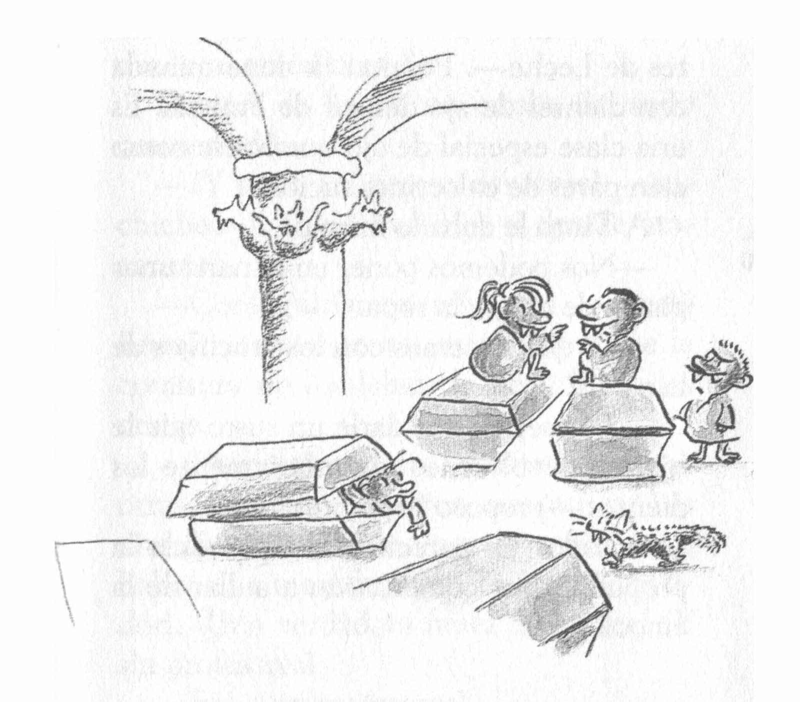
Apenas se fue Victoria, llegó la tropa de busca-dientes caminando fatigosamente y con ganas de meterse en sus respectivos ataúdes. Pero antes tuvieron que aguantarse la cantaleta de Néstor, el supremo guardián de los sarcófagos y del dormitorio, que comenzó a renegar como un espíritu maligno del bosque:

—Ajá, ¿y puede saberse de dónde vienen ustedes, fugitivos? ¡Es increíble! Primero extravían por puro descuido los dientes ajenos, y luego se van tomar el sol a Valaquia. ¡Bien saben que hubieran po-

dido convertirse en polvo y cenizas! Se les acabó la fiesta, jovencitos, ¿oyeron? ¡Todos a sus cajas!

Después de que Néstor salió rezongando del dormitorio, los vampiritos volvieron a levantar las tapas de sus ataúdes sin hacer ruido y comenzaron a planear cómo desenmascarar a Polidori. La noche siguiente era una superoportunidad porque era el día del Cadáver Alegre, una celebración





en que los vampiros de toda Transilvania no deben asistir a la escuela.

—¿Pero cómo hacemos para entrar en la casa de Polidori?

—Por la ventana es lo más fácil.

—Cuando él esté profundamente dormido.

—Pescamos los dientes, dejamos a Polidori dentro del ataúd y luego clavamos la tapa.

—Y después lo mandamos por correo al sur de los Cárpatos.

—Olvídense de la ventana —dijo Dientes de Leche—. Polidori la tiene minada con dientes de ajo del sur de Francia. Es una clase especial de ajo que huele como cien pares de calcetines sucios.

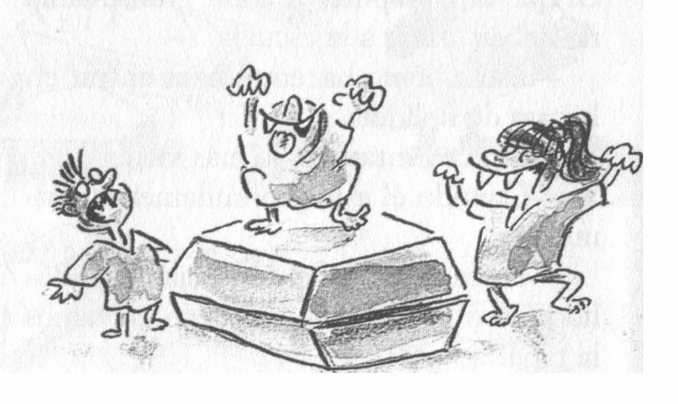
A Tinto le daba lo mismo:

—Nos podemos poner en la nariz unas pinzas de colgar la ropa.

—¿Y qué hacemos con los crucifijos de la pared?

—Lo mejor sería darle un susto que le hiciera devolvernos voluntariamente los dientes —propuso Sepulcreta.

A todos les pareció tan espléndida la propuesta que comenzaron a aullar de la emoción.



—¡Cáaaaaaallense! —rugió Néstor desde su ataúd cerrado.

Dientes de Leche no estaba del todo convencido:

—¿Y si no los quiere devolver? —cuchicheó—. ¿Qué hacemos si decide atacarnos?

—Conseguiríamos refuerzos —sonrió Sepulcreta con tanta satisfacción, que la comisura de los labios le llegó hasta las orejas.

—Preguntémosles a los alumnos de las otras escuelas si quieren ayudarnos. Les diremos que mañana por la noche va a haber una megafiesta en la casa de Polidori. ¡Una verdadera fiesta de horror! ¡Y sin profesores!

—Eso, ¡sin profesores!

—Y que debe permanecer en secreto.

—¡En absoluto secreto!

Se decidió entonces que la noche siguiente, cuando comenzara a oscurecer, abrirían filas e irían a avisarles a los alumnos de las escuelas vecinas.

Sepulcreta estuvo a cargo de la coordinación de la operación: Regañadientes volaría al Politécnico Drácula. Tinto y Dientes de Leche irían a la Escuela Príncipe de las Tinieblas. Grandulón iría al

colegio Frankenstein. Y Microbio visitaría la escuelita nocturna del Valle de los Monstruos.

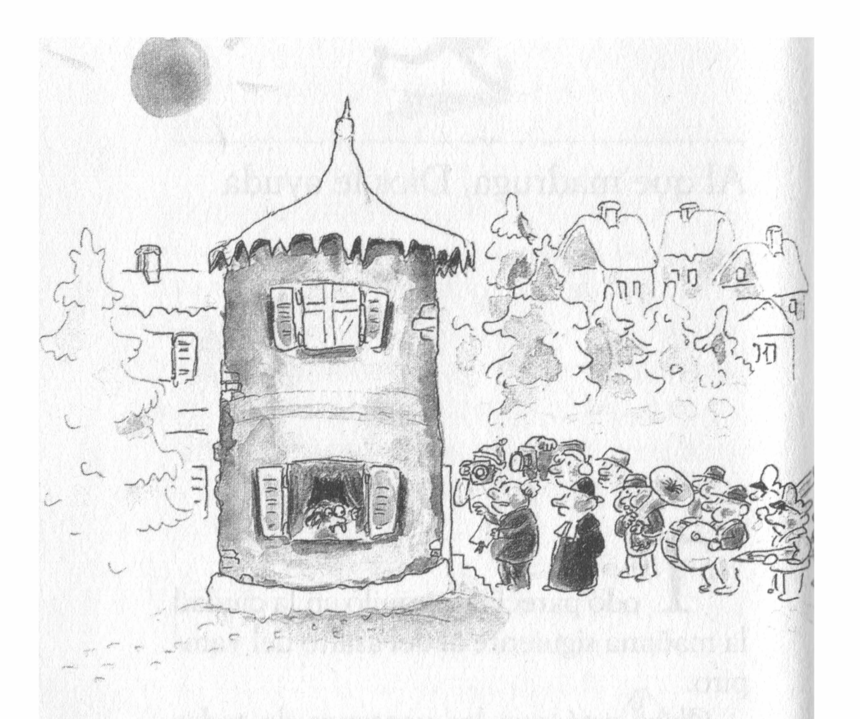




Al que madruga, Dios le ayuda

Todo parecía tranquilo en la ciudad la mañana siguiente al del asalto del vampiro.

Claro está que las ventanas de todas las casas habían sido protegidas de prisa con ajos y crucifijos, y en la nieve aún se divisaban las gotas de sangre, pero era un amanecer como de un cuento ilustrado. Era el amanecer del día más bello en la vida del profesor Polidori, ¡y el muy dormilón se lo estaba perdiendo por estar todavía metido entre las cobijas!



A las doce en punto llamaron a su puerta, pero él por poco no oye el timbre.

—Ajum... ¿quién es? —murmuró aún adormilado. Por fortuna reconoció la voz del alcalde, que deseaba hacer efectivo personalmente su nombramiento como Ministro de Defensa Anti-Vampiros. De un brinco gigante saltó Polidori de su ataúd, exclamando—: Ya voy, ya voy, ¡esperen un momento!

En ese mismo instante sonó afuera el chocar de un bombo seguido de una trompeta. Polidori miró por la ventana y quedó fascinado con la serenata mañanera.

El alcalde había ido acompañado de una banda y un gran séquito. Todo el concejo municipal estaba allí, el cura, el boticario, el coro, la prensa, la televisión y, lógicamente, el recién creado cuerpo de policía anti-vampiros.

El profesor corrió al baño a refrescarse un poco. Una gota aquí, una gota allá, una mirada rápida al espejo y, de repente, ¡casi se va de bruces del espanto!

—¡Auxilio! ¡Un vampiro! —gritó, y corrió a esconderse debajo del lavamanos. ¡La sanguinolenta cara que había visto reflejada en el espejo le había dado un susto de muerte! Pero, un momento, cayó





entonces en cuenta: esa era su cara. Recordó entonces que todavía tenía puesta la horrenda dentadura postiza. ¡Casi se le olvida!

De inmediato quiso quitarse la caja de dientes y lo intentó una vez, dos veces, tres veces, otra vez, sin conseguir zafársela. Qué extraño... Jaló y jaló pero los dientes seguían clavados a su boca.

—¡Esto no puede ser! ¡Tengo que quitarme esta cosa de la boca! —exclamó desesperado. Polidori se agarró los colmillos con ambas manos y comenzó a tirar otra vez, pero los dientes sólo se movieron ligeramente en sus encías. En vano les suplicó que se despegaran—: ¡Por favor, por favor!—, pero los dientes no le hicieron caso.



La banda seguía tocando afuera, y el alcalde gritó:

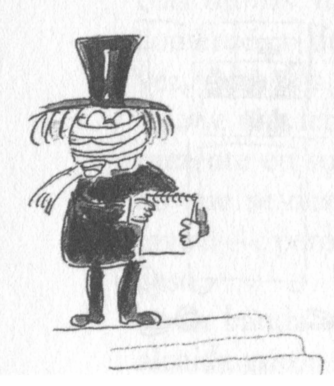


—Profesor, ¿por qué se demora usted tanto?

La delegación matutina, que tiritaba del frío esperando afuera, se maravilló cuando finalmente se abrió la puerta y salió Polidori medio disfrazado. Tenía la cara vendada igual que una momia egipcia y en la



mano llevaba una libreta en donde había escrito con letras grandes:

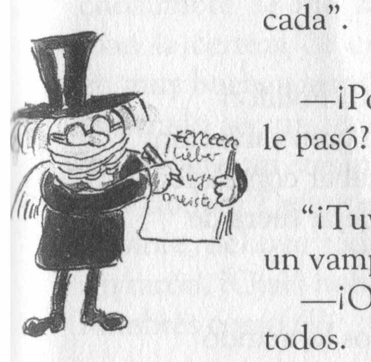


"Estimado alcalde, estimados ciudadanos, lamentablemente en este momento no me es posible hablar".

Todos querían saber por qué.

Polidori pasó una hoja de la libreta.

“Tengo la quijada dislocada”.



—¡Pobre profesor! ¿Y qué le pasó?

“¡Tuve que pelear contra un vampiro!”

—¡Oh! —murmuraron todos.

—¡Estuvo luchando contra un vampiro!

“Me le abalancé encima”.

—¡Qué valiente! ¡Polidori se abalanzó sobre el vampiro! ¡Viva Polidori!

“Pero por desgracia el vampiro se me escapó...”

—¡Ooooooh!

“...pero esta noche lo voy a ir a buscar...”

—¡Bravo! —exclamaron todos, y la banda y el coro parroquial entonaron la can-

ción que habían preparado para la ocasión:

"El profesor Polidori
es nuestra gran salvación.
Él va a acabar con Drácula
y lo va a dejar fuera de
acción.

El cielo nos lo mandó
a muy buena hora.
Polidori salvó a la alcaldesa
y a todos nosotros ahora".



Cuando terminó la ceremonia, la muchedumbre se fue satisfecha. Todos tenían la certeza de que su destino estaba en muy buenas manos. Polidori había demostrado ser un valiente: ¡se había lanzado sobre un vampiro por salvaguardar a la ciudad! Definitivamente era un gran hombre, del que todos se habían burlado sin razón. ¡Ojalá hubiera en el mundo más hombres como él!



¡Hnng! ¡Hnng!

Helo ahí de pie en su habitación, el gran héroe. ¡Hnng! ¡Hnng! Habiendo alcanzado su sueño dorado, y sin embargo sintiéndose tan infeliz. ¡Porque los dientes seguían clavados a su boca!

Polidori tiró con más fuerza que antes. Tiró con tanta fuerza como le era posible. ¡Hnng! ¡Hnng! Tiraba y jalaba y agarraba y zarandeaba. ¡Hnng! ¡Hnng! Pero, oh crueldad, ¿qué ocurría?

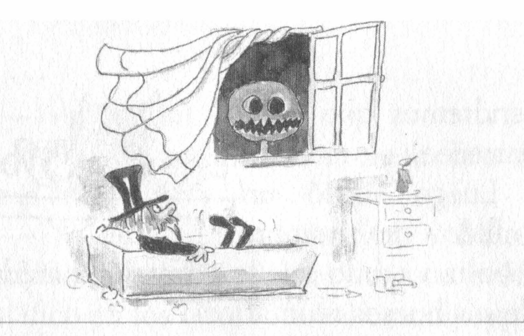
¿Qué estaba pasando? Pues que en lugar de zafarse, como suele ocurrir con cualquier dentadura postiza que se res-

pete, ¡sus colmillos se alargaban cada vez más!

Ciego de la desesperación arremetió contra la pared, se dio un golpe en el cráneo con un martillo, corrió a la tina del baño y se puso a dar vueltas como un trompo alrededor de su escritorio.

La única esperanza que conservaba es que tal vez nada de eso fuera verdad. Quizá todo fuera una pesadilla. "Lo mejor es que me eche a dormir una siesta", pensó, "y cuando me despierte, ¡pling!, todo habrá pasado".





En la ventana

Se acababa de quedar dormido cuando lo despertó un golpe en la ventana. Luego escuchó un aullido lúgubre seguido de una ráfaga de viento que abrió su ventana y corrió la cortina a un lado.

Polidori se levantó de un brinco y gritó:

—¡Ya voy! ¡Un momento!

Pero esta vez no era el alcalde y mucho menos la banda. Era una calavera gigantesca que sonreía burlonamente, hablaba con varias voces simultáneamente y le decía:

—Polidoriiii... Devuélveeenos lo que te robasteeee. ¡Devuélvenoslooo! ¡O

tendremos que obligarteeee!

Luego sintió un aullido de hombre lobo tan agudo que le atravesó la médula de sus huesos reumáticos.

El profesor tomó la tapa de su ataúd y se la arrojó a la horrenda calavera con tanta fuerza que esta se rompió en mil pedazos.

Pero en su lugar apareció ahora otra cabeza, mucho más pequeña que la anterior, de un vampiro auténtico: era Regañadientes en persona.

—¡Grrrrrrr! —bufó él esgrimiendo su sonrisa más diabólica—. ¡Buuuuuu!

Luego comenzaron a aparecer los demás vampiritos, uno después del otro: Sepulcreta, Grandulón, Microbio, Tinto. Hasta Dientes de Leche se atrevió a asomarse a la ventana.

Rechinaban los dientes y esgrimían sus sonrisas más maléficas, le arrojaban arañas y tierra fétida del cementerio, y con voces cavernosas y fantasmales gritaban, alternándose en coro:

—¡Devuélvenos los dientes!

—¡O te vamos a chupar la sangre!

—¡Hasta la última gota del dedo gordo del pie!

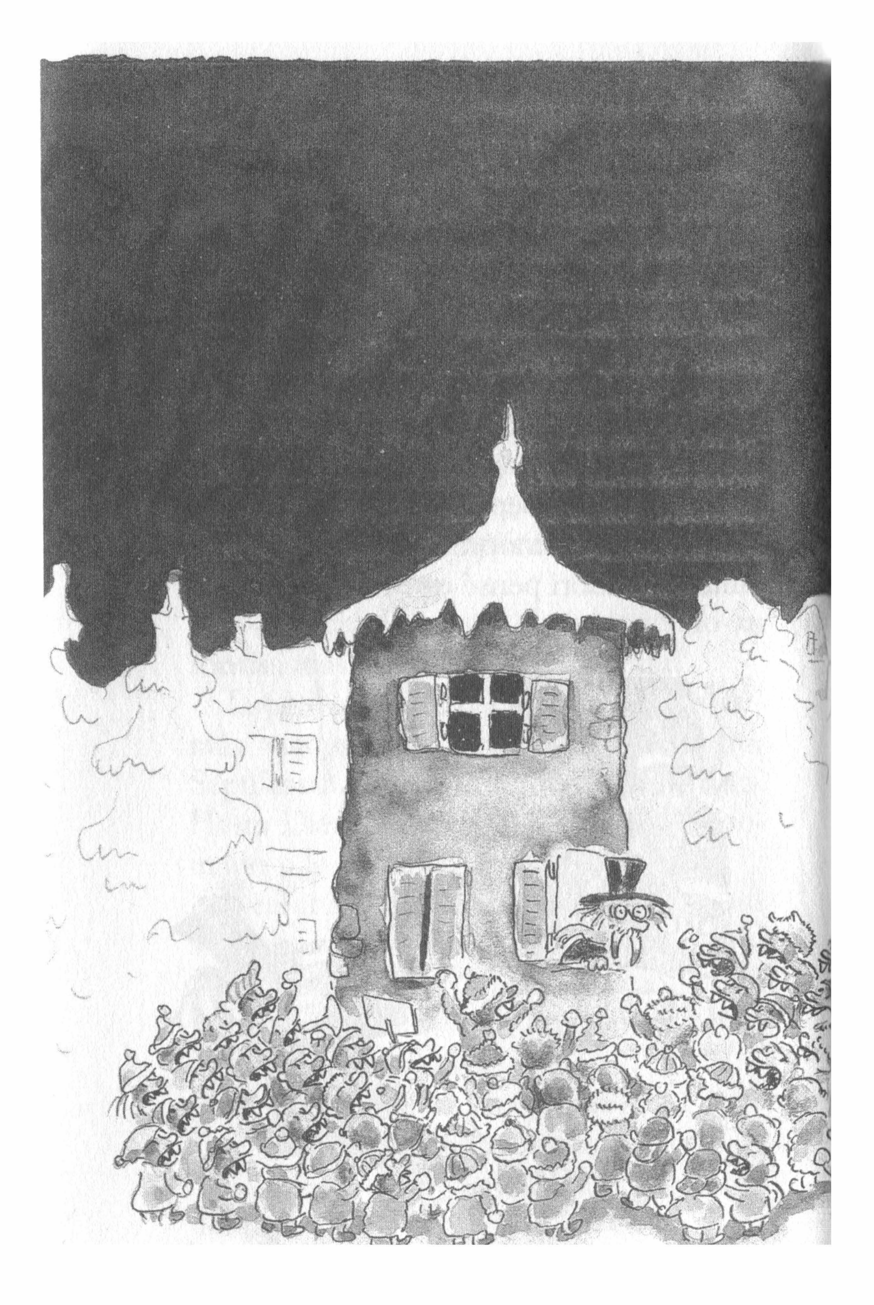
—Eso duele, ¡mirá ve!

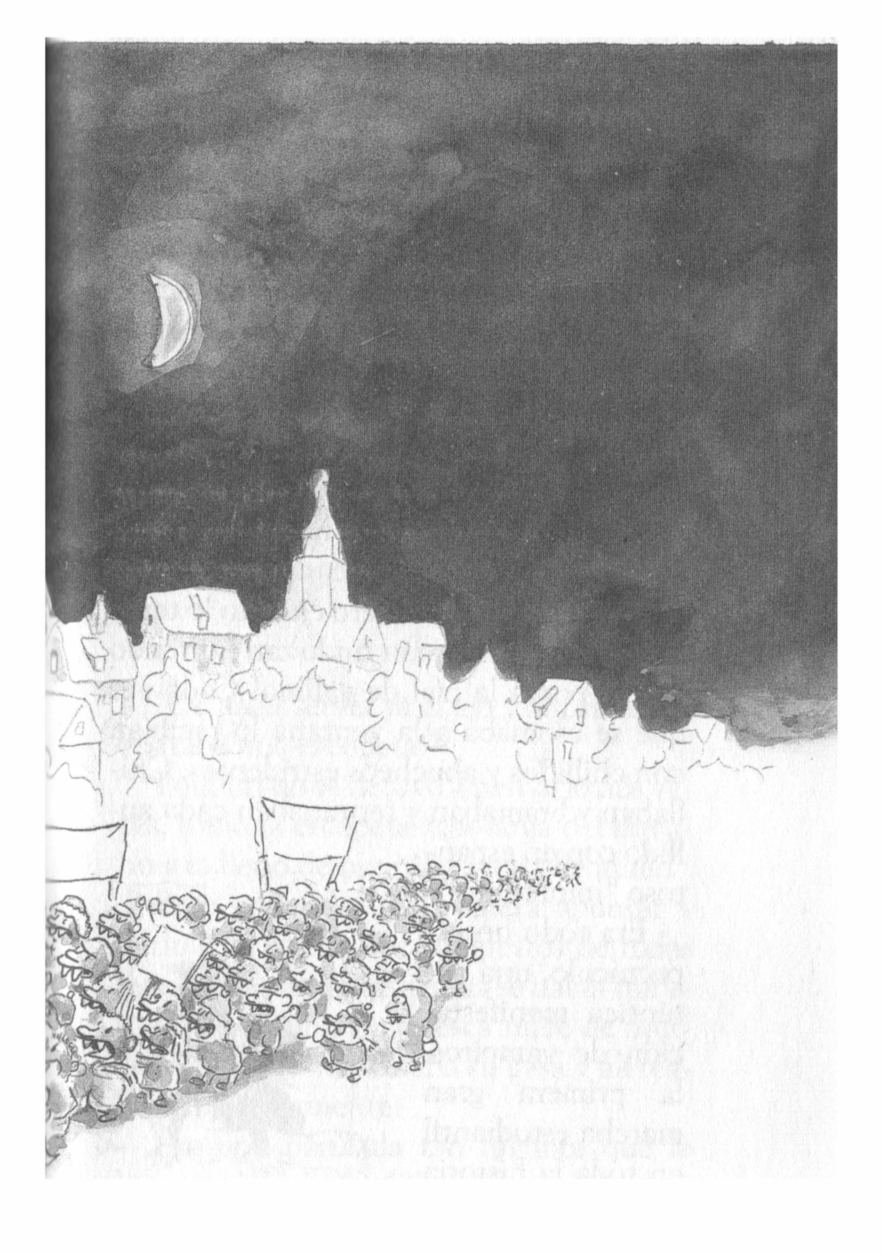
—¡Auuuuuu!

A Polidori se le llenó la copa. Eso ya era el colmo.

—¡Ya verán lo que les voy a hacer, vampiros mocosos! —dijo, y con un brillo maléfico en los ojos, tomó el crucifijo más grande que tenía, corrió a la ventana y lo puso ante las insolentes narices de esos intrusos chupa-sangre. Y como sabían que en tales casos es mejor ponerse a salvo, Regañadientes, Sepulcreta y los demás vampiritos se retiraron lanzando un fuerte aullido. Polidori pensó que había ganado:



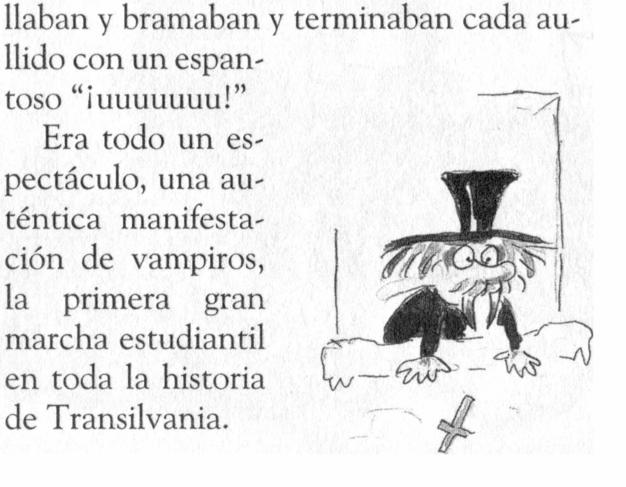




"¿Seis vampiritos? ¡Ah, de esos me libro sin mover un dedo!", pensó, y se asomó a la ventana esgrimiendo su estaca de madera más puntiaguda—: ¡Los voy a ensartar a todos para que dejen la chupadera de sangre! —amenazó, pero apenas acabó de hacerlo se descompuso del pánico—: ¡Ayúdame, Dios santo, socorro!

Sus ojos jamás habían contemplado lo que le reveló la fría luna blanquecina. Y sus oídos jamás habían escuchado lo que oyeron en ese momento: ¡había cientos de vampiros alrededor de su casa aullando salvajemente! Un verdadero ejército lo tenía cercado. ¡Y hacían un ruido tan horrendo que le ponía la piel de gallina! Cada vez que se asomaba a la ventana lo recibían con chillidos y abucheos estridentes. Chillaban y bramaban y terminaban cada aullido con un espantoso "¡uuuuuuu!"

Era todo un espectáculo, una auténtica manifestación de vampiros, la primera gran marcha estudiantil en toda la historia de Transilvania.





Una escopeta, una nube de murciélagos y un susto espantoso

¡De nada servía ya el ajo y ahora se necesitaba una escopeta!

Polidori no se detuvo a pensarlo dos veces, tomó la escopeta más larga del armario y la llenó de puntillas viejas de ataúd.

Pero antes de que pudiera apuntar y oprimir el gatillo, los vampiritos de todas las escuelas de Transilvania se había transformado en una gigantesca nube de murciélagos que sobrevolaba su casa y aleteaba estrepitosamente.

Era una bandada tan lúgubre que le hizo temblar las rodillas al intrépido profesor.

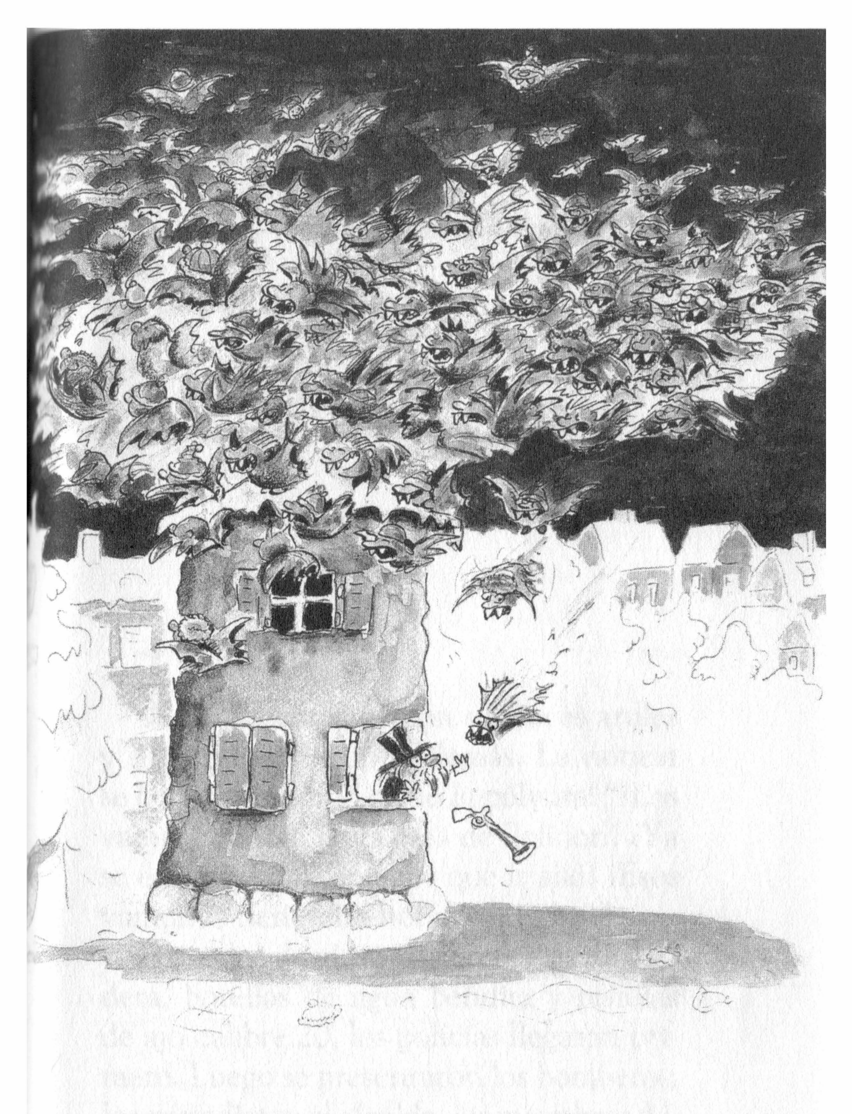
Polidori levantó su escopeta pero en ese momento Sepulcreta se le echó en picada cual proyectil, mientras Tinto hacía una acrobacia mortal y le daba un golpe en la nariz.

Del susto, el profesor dejó caer la escopeta.

—¡Desaparece, bestia chupa-sangre! —gritó furibundo Polidori—, ¡desaparece! —pero el ruido que hacía la bandada de vampiros que giraba alrededor de su casa como un carrusel desbocado había acabado con sus menguadas reservas de valor. Era un estruendo que a veces sonaba como 20 huracanes juntos y que otras veces le hacía pensar que los vampiritos querían despertar de su sueño a todos los muertos. Polidori atrancó la ventana, bajó la persiana y gateó hasta refugiarse en el ángulo más apartado del corredor de la casa. Luego se metió un diente de ajo en cada oreja, pero no tuvo suerte: los zumbidos, chillidos y aullidos se colaban por todas las hendiduras imaginables—. ¡Basta! ¡Basta! —gemía el profesor—. ¡Basta!

¡El pobre Vampolidori ya no podía soportar más todo eso!

Y en su desesperación, cometió el error más grande de su vida: corrió al teléfono



y llamó al cuerpo de policía anti-vampiros...



La policía anti-vampiros

La policía llegó con sus luces azules y sus sirenas y todo lo demás. La noticia se había extendido como la pólvora: "¡Los vampiros están en la casa de Polidori! ¿Ya se enteraron? ¡Tenemos que ir allá! ¡Esos vampiros tienen las horas contadas!"

Armados de gigantescas estacas de madera, botellas de agua bendita y pistolas de ajo calibre 20, los policías llegaron primero. Luego se presentaron los bomberos, los periodistas, el alcalde, los miembros del concejo, el boticario, el cura y los curiosos que no querían perderse el espectáculo

pero conservaban una distancia prudencial.

Cuando llegaron al lugar de los hechos, sin embargo, en lugar de encontrar cientos de vampiros ensangrentados, vieron a seis niños inofensivos que parecían vagar sin rumbo fijo. Qué curioso: ¿a esa hora, y sin los papás?

Pero no era el momento de hacerse tantas preguntas. ¡El peligro acechaba a todos!

—¿Ustedes vieron a los vampiros? —preguntaron a los niños.

—¡Claro que sí! —contestó Sepulcreta—. ¡Tenían unos dientes aaaaaasí de grandes y estaban manchados de sangre!

—¡Yo también los vi! —exclamó Regañadientes.

—¡Nosotros también! —gritaron los demás.

—¡Era grandíííiiiisimo!

—¡Y tenía anteojos y sombrero de copa!

—¡Y nos quería chupar la sangre!

—¿Y dónde está ahora ese vampiro? —preguntó la policía anti-vampiros—. ¿Dónde se escondió?

—Está allá adentro —indicó Microbio, señalando la casa de Polidori.



Grandulón y Tinto también señalaron en la misma dirección:

—¡El vampiro se metió en la casa!

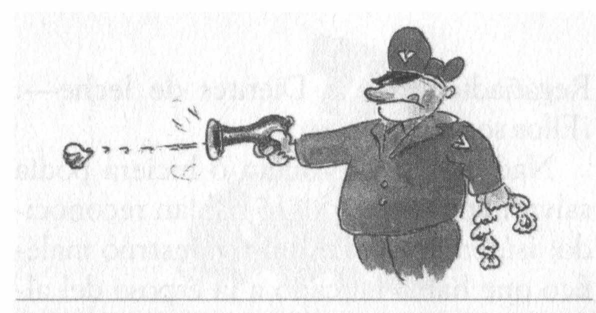
—¡Es peligrosísimo!

—¡Es un *Tyrannus ladrus ex!*

Hubo un murmullo de agitación entre la muchedumbre.

—¡Increíble! —exclamó el alcalde—. ¡Está en la casa de nuestro queridísimo profesor Polidori!

Así pues, contando hasta tres, el alcalde dio la orden de derribar la puerta.



En la trampa

Dando una carrera y con un tremendo empujón, la policía anti-vampiros derribó la puerta y pasó silbando por el corredor de la casa de Polidori, hasta quedar frente al atemorizado profesor.

Paralizado del susto, Polidori se puso aún más pálido al ver que se le aproximaba la estaca de madera afilada.

—¡Pa-pa-paren! —gritó él—. ¡Ustedes están equivocados! ¡Yo no soy el vam-vampiro con el que me están confundiendo!—. Y con dedo tembloroso, señaló a

Regañadientes y a Dientes de leche—: ¡Ellos son los vampiros!

Nada de lo que dijera o hiciera podía salvarlo pues ya todos lo habían reconocido: ¡sí, era él!, ¡el mismo monstruo maléfico que había atacado a la esposa del alcalde! ¡Y ahora tenía el descaro de acusar a unos niños inocentes!





Castañeteo de dientes

Los policías agarraron al quejumbroso vampiro de pies y manos y lo metieron en su sarcófago para poderle dar la estocada de gracia con toda precisión. Sabían que era necesario apuntar exactamente al corazón, según decía la página tres mil ciento diez del libro del profesor Polidori, y que por nada del mundo debían fallar.

El pobre vampiro era presa del pánico: el corazón le latía a todo galope, sudaba a mares y le temblaban las manos.

Por eso, cuando los policías se disponían a entrar en acción, le comenzaron a



castañetear los dientes como si la temperatura fuera de menos cincuenta grados: ¡clac-clac-clac, clac-clac-clac!

—¿Quién quiere asestarle el golpe de gracia?

—Tal vez el alcalde quiera.

Pero el alcalde no quería.

¿Y el boticario?

Él tampoco quería.

¿Y el cura?

No, gracias.

—Quiere decir que debemos encargarnos nosotros —dijo uno de los policías, alistándose para hacerlo.

Ahora sí que el vampiro se aterrorizó y los dientes le comenzaron a castañetear a más no poder.

—Yo no soy un ... clac-clac-clac... un clacampiro... Yo soy el clac-clac profesor Claсladori...

Sus dientes estaban dando un concierto en su boca, un verdadero concierto que luego se transformó en el teclear de diez máquinas de escribir, en el entrechocar de un centenar de castañuelas y en el galopar de un regimiento de caballos. Y ahora que veía acercársele su última hora, los dientes le castañeteaban como la descarga de una docena de ametralladoras: ¡clac-clac-clac! El sonido era cada vez más ensordecedor, hasta un cierto punto en que se sintió un chirrido: ¡grrrrrk! Y así, con un flip-flap-plop, ¡la horripilante caja de dientes se le salió de la boca! Y con un cling, bing, bong, ¡cayó en la mitad del piso!

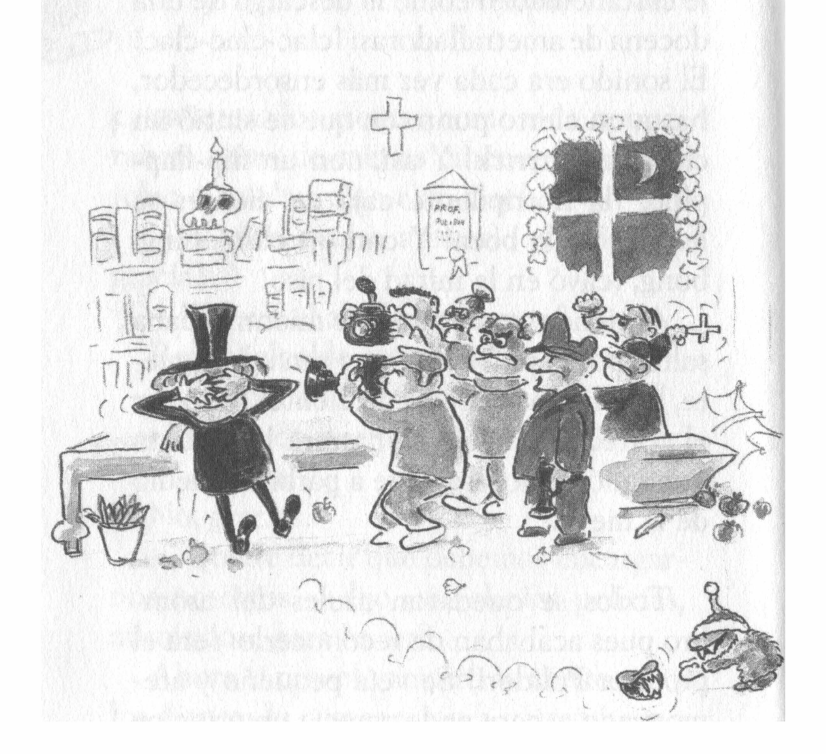
Abriéndose y cerrándose mientras daba saltos por el piso como una rana de juguete, la voluntariosa caja de dientes saltó por el corredor y siguió su carrera loca hasta que salió de la casa y fue a parar en medio de la nieve.

Todos se quedaron azules del asombro pues acababan de reconocerlo: ¡era el profesor Polidori! Se veía pequeño y atemorizado, y para nada parecía un príncipe de las tinieblas. No era un monstruo ni

una bestia, ¡sino un pícaro que había sido pescado con las manos en la masa! Qué ironía tan grande: ¡el presunto salvador de la ciudad!

El reportero gráfico se abalanzó de primero sobre él, no para darle una paliza, que a nadie le faltaban ganas de propinarle, sino para tomarle unas fotos para el periódico.

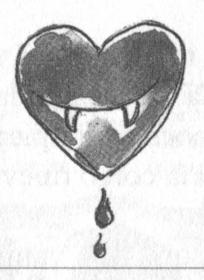
Este sería el titular del diario:



"Desenmascarado el vampiro falso:
¡era Polidori!"

El fotógrafo acabó el rollo de su cámara fotográfica: para la primera página tomó una fotografía del profesor mentiroso todo desgreñado. Luego tomó una foto del alcalde decepcionado rompiendo furioso el nombramiento de Polidori. También le tomó una foto a la policía anti-vampiros quemando sus estacas de madera y arrojando las pistolas de ajo a la basura.

Sólo faltaba la foto de la caja de dientes que tanto pánico había generado. Pero, ¿dónde estaba la dentadura postiza? Parecía como si se hubiera esfumado de la faz de la tierra. ¿Quién sabía dónde estaba? Todos se pusieron a buscarla pero no pudieron dar con ella. ¡Qué lástima! Seguramente se había extraviado en medio de toda aquella confusión...



De vuelta a casa

Obviamente la dentadura postiza no se había perdido sino que se encontraba en muy buenas manos. Como si ella misma supiera a dónde pertenecía, la caja de dientes había hecho otros dos clic-clac y había ido a parar exactamente a los pies de Dientes de Leche.

—¡Hurra! ¡Ya recuperamos los dientes de Archi!

Los vampiritos levantaron la caja de inmediato y la examinaron con ojos de experto: el espléndido trabajo del doctor Pulido estaba un poco maltrecho, había

una que otra mancha aquí y allá y la dentadura expelía un desagradable olor a ajo, pero con un poco de limpieza y una buena brillada se vería como nueva.

Antes de que los vampiritos volvieran al castillo, hubo aullidos de victoria al reunirse con los vampiros de los demás colegios de Transilvania que se habían escondido en el sótano de Polidori y ahora aullaban dichosos: "*We are the champions, We are the vampions, my friend!*"

Por último, los vampiros convinieron hacer otra megafiesta la próxima luna



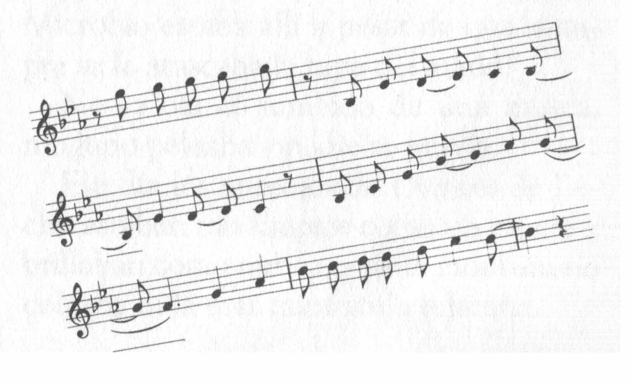


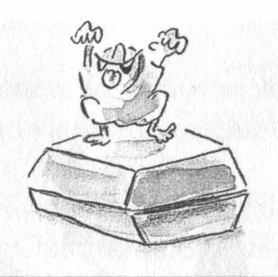
llena. Sería al aire libre y contarían con la presencia de las bandas de rock de las criptas más conocidas de todos los tiempos: Los Huesos Calientes y el grupo de vampiros Viva la Muerte.

—¡Va a ser una fiesta sin profesores!

—Lógico, ¡sin profesores!

—¡Listo!





Happy end, o ¡no lo puedo creer!

La noche siguiente, a la una en punto, la campana de la escuela sonó para anunciar la primera hora de clase. Increíble pero cierto, todos los vampiritos estaban en sus asientos puntualmente. ¡Hasta Microbio estaba allí a pesar de que siempre se le atascaba la tapa del ataúd!

No se oía el zumbido de una mosca, ninguno peleaba y nadie se movía.

Ese día los anteojos de Dientes de Leche estaban tan limpios como un espejo y brillaban como nunca, y de la montura no colgaba ni la más minúscula telaraña.



Regañadientes no estaba gritando, como de costumbre, ni se abalanzaba con aullidos salvajes sobre sus compañeros de clase. Estaba sentado sonriendo como un angelito vampiro.

Hasta Sepulcreta se estaba portando bien: no se había puesto a esconder arañas en los pantalones de los más pequeños ni había soltado sapos por todo el salón.

Y Grandulón, en vez de ponerle garras de murciélago al asiento del maestro, ¡estaba limpiando el tablero!

Sólo Tinto echó a volar un avioncito de papel. ¡Pero sin hacer ruido!

En resumen, los niños se comportaban todos como vampiritos ejemplares.

Algo muy diferente ocurría ese día con el maestro Oxford, quien por primera vez en su vida había llegado tarde a clase, por lo demás sin sombrero y sin regla, mostrándose muy abatido.

—De verdad no shé qué hacer, niñosh —dijo negando con la cabeza—. Todo me shale mal últimamente y todo she me pierde: mis bellíshimos dientesh, mi Victoria, mi buena shuerte... creo que el destino eshtá en contra mía. Todos she burlan de mí, ¡nadie me quiere!

—¡Eso no es cierto, maestro! —dijo Sepulcreta—. ¡Usted nos cae muy bien a todos! ¡De verdad!

También los demás trataron de reconfortarlo:

—¡Sí, usted nos parece estupendo!

—¡Hasta cuando hacemos diabluras!

—¡Y nos importa mucho lo que le está pasando!

—¡Usted es un profesor muy querido!

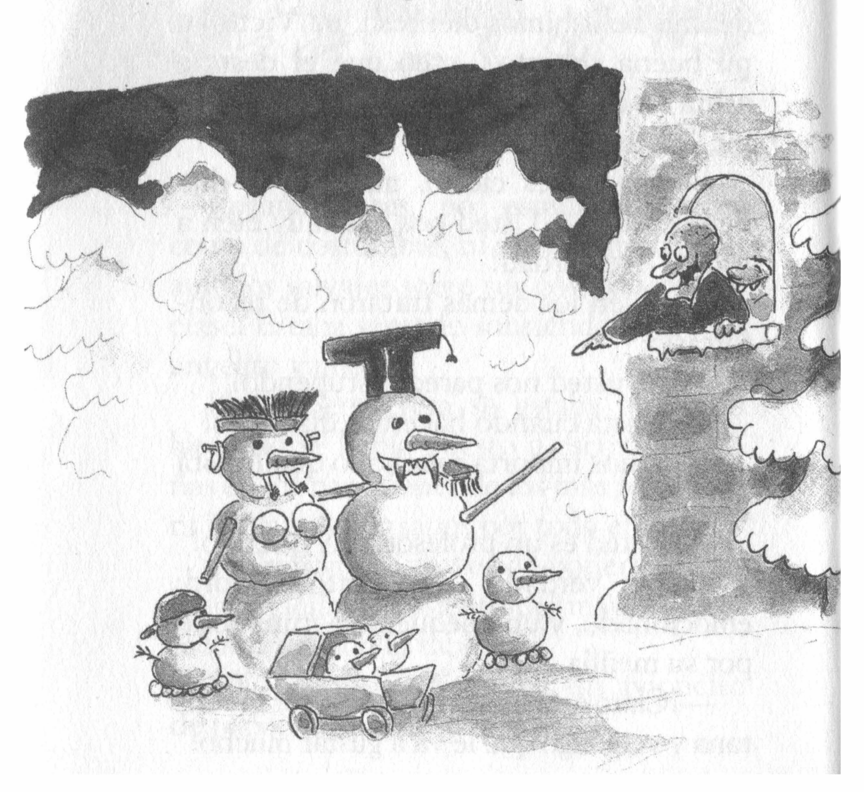
—¿De verdad? —preguntó Oxford, emocionado, y una pequeña lágrima rodó por su mejilla.

—¡Claro que sí! ¡Mire no más por la ventana y verá algo que le va a gustar mucho!

Oxford miró por la ventana sobre el valle nevado y el pequeño cementerio. Y de repente, a lo lejos descubrió el muñeco de nieve y algo que transformó sus penas en lágrimas de felicidad.

—¡No lo puedo creer! —exclamó sin dar crédito a su ojos—. ¡Mis dientesh! Mis hermosha caja de dientesh! ¡Allí eshtá otra vez...!

Entre tanto, el muñeco de nieve no sólo había conseguido esposa y cuatro lin-



dos muñequitos de nieve, sino que llevaba puesta su adorada y ensangrentada dentadura postiza de tigre selvático.

Oxford estaba en el séptimo cielo. Apenas recobró sus dientes y se los metió en la boca, y apenas sintió que se ajustaban a la perfección, movió un poco los labios como ejercicio de prueba y se despertó en él su antiguo espíritu de luchador. Su sangre de vampiro comenzó a bullir otra vez por sus venas y sintió que la fuerza del amor le daba la energía que necesitaba, y no hubo lugar en su mente para otro objetivo distinto de este:

—¡Victoriaaaaaaa!

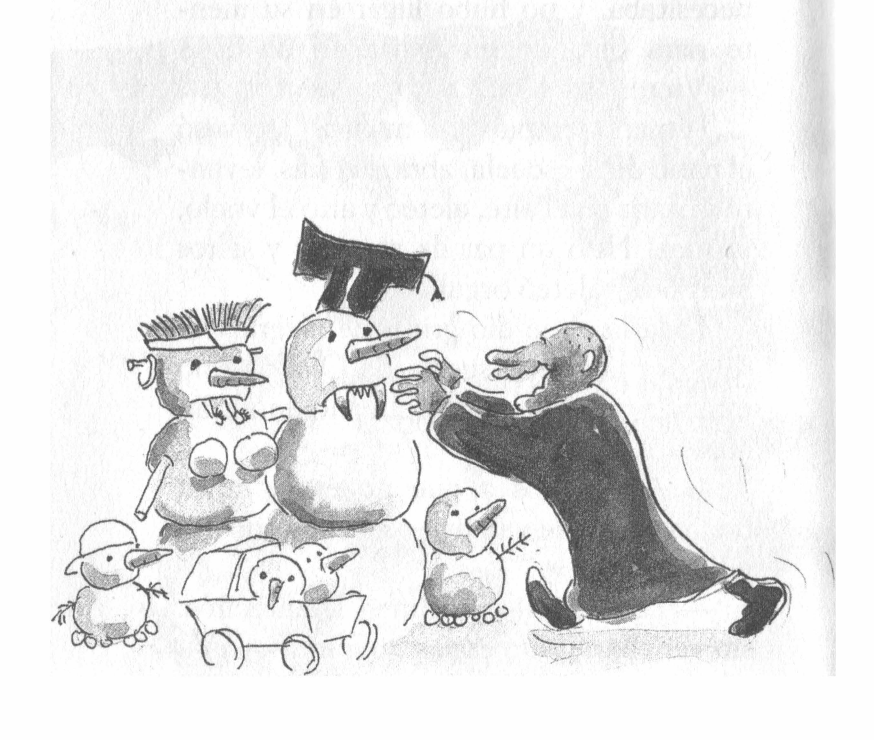
Tomando impulso, el maestro atravesó el patio de la escuela, abrió las alas, levantó la nariz en el aire, aleteó y alzó el vuelo, ¡y suaz! Hizo un par de piruetas y saltos mortales y aleteó orgulloso.

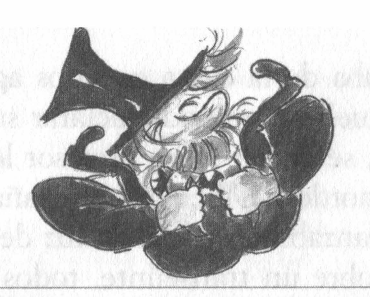
Toda la clase dio gritos de alegría, no sólo por la buena suerte de Oxford sino también porque esa noche no tendrían clases.

—¿Apostamos a que no es la única noche libre que vamos a tener? —dijo Sepulcreta.

—¿Por qué? —preguntó Dientecitos, sin ver cuán tonta era su pregunta—. ¿Va a haber más noches libres?

—¡Obvio! El día de la boda sepulcral y cuando... —Sepulcreta no aguantó más la risa y soltó una carcajada al igual que el resto de la clase, que adivinó lo que ella iba a decir...— ¡cuando llegue el murciélago!





Postdata

Entre tanto el profesor Polidori, o "Clacadori", como comenzó todo el mundo a decirle, tuvo que afrontar una serie de dificultades. A los daños causados se sumó la burla general: nadie volvió a tomarlo en serio y la gente de la ciudad quitó las trenzas de ajos de las ventanas de sus casas y los crucifijos de las paredes. Todos estaban furiosos y se avergonzaban de haberle creído a ese charlatán embaucador.

Para los vampiros, por el contrario, vinieron los mejores tiempos. Cada vez que en alguna parte de la ciudad alguien se

levantaba de la cama con dos agujeritos en el cuello y no podía aclarar su procedencia, se decía: "¡Ese profesor loco volvió a morder!". Y cuando Regañadientes se abalanzaba en la pálida luz de la luna llena sobre un transeúnte, todos decían: "El profesor loco estuvo dando un paseo nocturno ayer". Y cuando Sepulcreta y Tinto despertaban a todos los ciudadanos con sus aullidos de hombre lobo, era claro que Polidori le estaba aullando a la luna.

No tardó en llegar el día en que fue trasladado a un instituto para profesores locos, donde al menos pudo escribir libros, atravesar tomates con estacas de madera y dar tantas conferencias como quiso...

P.D. # 2

¿Quieres saber cuál es la moraleja
de este cuento?
¡Nunca le robes los dientes a nadie!





La escuela de los vampiritos
El falso vampiro

En Transilvania, hogar de los vampiros, está la escuela donde los vampiritos van a aprender. El profesor Oxford quiere casarse. Sus alumnos lo ayudan y, de paso, descubren a un falso vampiro. El buen humor presente en esta novela logra que los pequeños lectores pierdan el miedo.

A partir de los 9 años

Jackie Niebisch

Es una conocida escritora alemana de literatura infantil. Escribió también *La escuela de vampiritos: El examen*, publicado en esta misma colección.

CC 11203
CC 26011203
ISBN 958-04-5042-0



Norma
www.librerianorma.com
www.literaturainfantilnorma.com